

marcela paz



Capelucho

en la clínica

ePUB

Mientras su mamá y su hermanita recién nacida duermen en la clínica, a Papelucho le ocurren una serie de aventuras: se hace amigo de un niño enfermo, juegan a intercambiarse las identidades y al pobre Papelucho lo confunden con él y operan por error. También se hace amigo de un anciano, quien lo quiere como a un nieto y le dará una gran sorpresa. Y además, Papelucho se transforma en un héroe, al salvar a su hermanita en un terremoto.



eBooks con estilo

Marcela Paz

Papelucho

En la clínica

ePUB v1.0

ZirKo 20.10.11

más libros en epubgratis.me

© 1974, MARCELA PAZ

Cubierta e ilustraciones de Marcela Claro de Ruiz Tagle

Primera edición: 1957;

Cuadragésima séptima edición: abril de 1994

ISBN 10: 956-11-0354-K

ISBN 13: 978-9562621946

© Editorial Universitaria, S.A.v

DECLARADO TEXTO AUXILIAR DE LA ENSEÑANZA

Según Decreto No 1.170, Del 18 de noviembre de 1974, del

Ministerio de Educación.



Otro títulos de Papelucho

1. Papelucho
2. Papelucho casi huérfano
3. Papelucho historiador
4. Papelucho detective
5. Papelucho perdido
6. Mi hermana Ji, por Papelucho
7. Papelucho misionero
8. Papelucho y el marciano
9. Mi hermano hippie, por Papelucho
10. Papelucho en vacaciones
11. ¿Soy dix-leso?, por Papelucho

I

Y ahora sí que casi no escribo nunca más mi diario. Porque por culpa del Casimiro casi muero.

Yo estaba en la clínica acompañando a mi mamá y a mi hermana de un día, y mientras ellas dormían estaba obligado a pasearme por el famoso pasillo. Eran puras puertas iguales, todas cerradas, todas blancas y con números.

Tantas puertas iguales dan sueño y aburrimiento o si no una curiosidad tremenda. Entonces inventé un juego para no quedarme dormido. Cerraba los ojos y caminaba ciego hasta una puerta. La abría y al abrirla abría también los ojos. El juego era adivinar si el enfermo era hombre o mujer y si era quebrado o no. Los enfermos eran casi todos viejos o señoras con guagua y yo les decía disculpe y cerraba otra vez la puerta.

Resulta que en el número 15 había un niño como yo y estaba solo y me convidó a entrar. Y era el Casimiro.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Estoy en Observación —me dijo.

—¿Es grave?

—No me quieren decir nada hasta que llegue mi papá que viene de Osorno.

—Así que ¿tú no tienes a nadie aquí?

—No. Estaba en el colegio y me enfermé y el médico y el Rector me trajeron a la clínica a hacer exámenes mientras viene mi papá...

—La cuestión es que no te mueras hasta que él llegue... —le dije.

Y así conversando y conversando nos pusimos a jugar y él inventó que hiciéramos las «cambiaditas» Y el cambio era que yo me metiera en la cama de él y él se vistiera con mi ropa. Y justo cuando yo me había metido en su cama con su pijama, abren la puerta y nos pillan jugando.

Era una enfermera con cara de «no me haga perder tiempo» y sin decir palabra, *tac* me clavó una inyección en el brazo que ni sentí el pinchazo.

Casi y yo nos miramos un poco asustados, pero después nos dio risa, sobre todo cuando la enfermera me levantó la ropa y me untó todo el

cuerpo con una cosa color café y me tapó con una tremenda gas y algodones como si fuera un herido. Y antes de poder preguntarle nada, ya se había ido.

Casi y yo nos reíamos por haber engañado a esa enfermera tan creída y Casi se veía recómico con mi ropa y estábamos de lo mejor riéndonos, cuando de nuevo se abrió la puerta y entró otra enfermera con la ídem de la inyección y sin decir palabra pescaron el catre mío (el de Casi) y lo sacaron como si fuera un carretón.

Yo me iba muriendo de risa y el Casi se quedó con la boca abierta, pero a medida que pasábamos por los pasillos a todo escape y me metieron con catre y todo en un ascensor, me comenzó a dar un susto de no sé qué. Y mientras bajábamos, me enderecé en el catre y quise explicar, pero la enfermera me sujetó, me echó atrás y me dijo: *Quietecito y calladito* y no me dejó ni hablar.

Dice el Casi él corrió detrás para explicar, pero le dieron un empujón y lo dejaron fuera del ascensor y ni supo más de mí.

Cuando yo vi que entrábamos en el otro piso a un lugar lleno de puertas anchas y un letrero que decía «Prohibida Estrictamente la Entrada», y otro «Pabellón de Operaciones», me dio un tilimbre en el estómago y pensé gritar. Pero justo en ese momento me vino una borrachera y un sueño raro con música de fondo y todas las caras se borraban y flotaban y era como la muerte.

Y dice el Casi él subió todos los pisos por la escalera y preguntaba por mí y por su catre y al fin supo que me estaban operando. Y entonces se acordó que él tenía *Apendicitis* y se dio cuenta que me estarían operando a mí de su apéndice.

Y era una confusión tremenda para él, porque ni siquiera sabía quién era yo y si me moría, ¿a quién le iba a avisar? Y tampoco se atrevía a decir lo del cambio, porque le daba una cosa terrible pensar que le hicieran a él lo que me estaban haciendo a mí, y sin permiso de su papá que no llegaba todavía de Osorno. Así que por fin decidió irse de la clínica antes que lo pescaran y se volvió al colegio. Y cuando lo vieron entrar el portero le preguntó:

—¿Y ya no se opera, joven?

—No —le dijo él.

Y el Rector le dijo:

—¿Te dieron de alta, Silva?

—Sí, señor —y entró no más a clase.

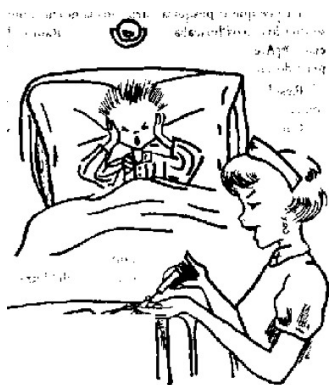
Pero dice que todo el tiempo estaba pensando en su operación y en su Apéndice que me habían sacado a mí, y ni siquiera se atrevía a comer de miedo al otro ataque ni tampoco se atrevía a contarle a nadie las cosas.

Por fin en la noche decidió contarle todo a su papá cuando llegara y también se juró regalarme su bicicleta y así se pudo dormir.

Resulta que mientras tanto en la clínica mi mamá se despertó y me mandó llamar con la enfermera y nadie me pudo encontrar. Cuando llegó el papá ella le contó que me había ido a Concón, a casa, pero cuando él se volvió en la noche y no me encontró allá empezó la pesquisa. Y se fue a la Policía, y a la Parroquia, y a la Caleta de pescadores y, por fin, a los autopatrullas.

Parece que la pesquisa duró toda la noche y pienso que los faros buscaban en el mar y las Radios decían: «¡Atención, atención señores auditores. Se ha perdido un niño de pantalón café y camiseta, etc.»

Resulta que el papá estaba amargado al otro día con la cabeza grande de ideas y sin ninguna noticia.



Entretanto, yo desperté en la cama del 15 sin saber de dónde venía y era de una parte muy lejos y también de ese «lejos» se venía acercando un dolor de estómago.

Había una enfermera al lado que me decía todo el tiempo:

«*Quietecito*»

Por fin, poco a poco, me empecé a acordar del Casi, de la inyección, del paseo en catre, del letrero: Pabellón, etc. Y traté de explicarle:

—Es una equivocación —le dije—. Yo no soy el que van a operar. Soy

solamente el amigo.

—Pobrecito —dijo la enfermera—, delira todavía con la anestesia.

—No estoy delirando nada —le contesté—. Es otro el enfermo —y entonces no más me acordé que ni sabía su nombre.

Ella se puso a discutirme y yo me iba a levantar para demostrarle su equivocación, cuando ¡tac! otro jeringazo y me dormí de nuevo hasta el otro día.

Así pasó un día más y la pesquisa de mi «yo» perdido se iba poniendo color de hormiga. Y mi mamá en la luna porque no le decían ni palabra.

En fin, que en la noche desperté con un señor raro, muy gordo, que me miraba mucho.

—¿Quién es usted? —le pregunté— Si es el doctor voy a explicarle una cuestión que nadie me cree.

—¿Quién eres tú? —me dijo con cara de domador de leones ¿Dónde está Casimiro?

—Yo soy Papelucho y no sé dónde está ese señor que usted busca —le dije con rabia.

—Lo has suplantado —me insultó—. Aquí en la clínica figuras tú con su nombre, operado de apendicitis como si fueras mi hijo. ¿Qué significa todo esto?

—¡Yo qué sé!

Pero apenas había dicho esto, entendí todo y traté de explicarle. El señor era muy duro de entender, pero al fin pudo. Y entonces llamó al Colegio y habló con el rector y llegó de nuevo a verme, pero con otra cara.

—Casimiro está muy bien, en el colegio —ijo como si se hubiera sacado el gordo en la lotería.

—¡Me alegro! —le dije, picado. Entonces él se fue a buscar a mi papá que seguía rotundamente despistado. Pero cuando me encontró se le rió la cara.

Y parece que el papá del Casimiro pagó la clínica y la operación y todo con tal que su hijo no fuera acuchillado, porque él odia a los médicos desde que le sacaron las amígdalas.

Y mientras tanto yo quedé en la clínica sin apéndice, para siempre jamás.

Y ahora dicen que es muy bueno estar operado de apendicitis porque así uno ya no puede tener más apendicitis.

II

Han venido treinta y siete personas a verme, y ninguna era conocida, pero ahora soy amigo de todas. Parece que soy como campeón de algo y las enfermeras, los practicantes y hasta los médicos entran al 15 y dicen: «¡Hola, amigo!» y me traen revistas y hasta flores. Se ve que a todos los remuerde algo de mi dolor de estómago injusto.

A mí no me gusta que me compadezcan y me quedo mudo cuando me dicen cosas. Y muchos me preguntan si me operaron de la lengua. Y yo quiero estar solo para poder pensar y saber qué voy a hacer sin mi apéndice y justo cuando empiezo a pensar, entra alguien.

Por fin decidí cerrar los ojos y hacerme el dormido y parece que me dormí de verdad y todo el sueño mío era con un atornillador en el hoyo que me hicieron.

Cuando desperté, estaba oscuro, pero había una lucecita roja encima de mi cama. Yo tenía un calor salvaje y un hambre y una sed ídem. Miré a todos lados y no vi a nadie y me empezó a dar la furia de que estaban abusando conmigo ahí solo y a lo mejor me creían muerto y se habían ido todos.

Igual que me operaron, si me volvía a dormir, a lo mejor me enterraban y ¡listo!

Entonces me bajé de la cama y salí afuera al famoso pasillo.

Todo estaba en perpetuo silencio, y las puertas con sus números y unas lucecitas rojas haciendo misterio y nadie a la vista. Pensé si sería la otra vida, o el limbo o qué sé yo. Me dolían la cabeza y el hoyo de mi apéndice, pero tenía un hambre de esas que uno se muere de verdad si no come. Así que seguí caminando por el pasillo rojo y llegué a una puerta más misteriosa porque no tenía ni número. Y la abrí. Y había un REFRIGERADOR. Era la maravilla. Adentro medio pollo y miles de cajitas y tubos de inyecciones y jaleas y frutas.

Me comí el pollo y armé los huesitos otra vez y los dejé ahí. Estaba rico aunque sin sal. También me comí dos peras y un pedazo de sandía que encontré. Ahora no me creerían muerto y nadie me enterraría, porque

«enfermo que come no muere»

Resulta que apenas me dije esto, se me agrandó tremendamente la cuestión del atornillador de mi no apéndice y aunque trataba y trataba de pensar en otra cosa, ¡inútil!

Andando por el pasillo, bailaban las luces rojas y eso debe ser lo que llaman «ver estrellas» Las veía y me mareaban. Los números de las puertas también bailaban. ¿Dónde habría un cuarto de baño? No estaba seguro si quería vomitar, pero es el colmo que en las clínicas se olviden hacer cuartos de baño.

Tuve que entrar en ese cuarto porque se dio vuelta la perilla y me fui para adentro. Había en la cama un fantasma seco y amarillo (a pesar de la luz roja), y daba miedo. Pero el fantasma sonrió y me alargó su mano de raíces:

—Angelito, vienes del cielo a verme —dijo.

—Quiero ir al baño —le expliqué apurado y él sonriendo con pocos dientes me dijo:

—¡Ahí, bienvenido! —y me mostró una puerta. Entré y era un baño. ¡La suerte mía de abrir esa puerta!

Cuando salí aliviado, ya sin ver estrellas, el fantasma amarillo me llamó a su lado.

—¡Ven acá, bienvenido!

—Disculpe, señor, pero soy Papelucho.

—Papelucho bienvenido —repitió—. Eres un ángel enviado a hacerme compañía en mi soledad. Yo no duermo, y se me olvidó el pasado, así que no tengo en qué pensar.

—Eso se llama «magnesia» —le dije—. De repente alguien va a descubrir quién es usted. ¿Está operado?

—No. En realidad, no sé... Acércate.

Me acerqué y lo vi tan amarillo al caballero, con su pellejito tan pegado a la calavera, que me di cuenta de que tenía miles de años. Así que entonces lo reconocí, y no era raro que se le hubiera olvidado su nombre siendo tan requeteviejo.

—¿Le gustaría saber quién es usted? —le pregunté—. Porque yo creo que puedo ayudarlo.

—Me gustaría —dijo— y también me gustaría ser niño y sano como tú.

—Yo no soy sano —le contesté—. Soy OPERADO y me duele bastante mi herida.

—A ver si me dices quién soy —dijo cerrando sus ojos de fantasma.

—Yo creo que usted es Elías. El profeta Elías —le dije—. El que se fue en el carro de fuego. ¿Se acuerda?

—Claro que me acuerdo. ¿De modo que soy Elías? Ya pensaba yo que no era un cualquiera. Pero, ¿por qué estoy aquí?

—Tal vez se ha caído del carro... o bien ya le llegó la hora de que vuelva a la tierra. Y como hace tanto tiempo que se fue, ya no conoce a nadie. Hay pura gente nueva.

Él decía que sí con la cabeza como tratando de aprender una lección. Y no me daba miedo de que fuera un fantasma, porque el profeta Elías es alguien bien conocido en la Historia Sagrada.

—Papelucho bienvenido, me vas a jurar que no me dejarás nunca solo.

—Eso de jurar no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque el que jura tiene que cumplir su juramento. Le prometo, mejor.

—Eso quiere decir que no vas a cumplir tu promesa. No; me vas a jurar

—y diciendo esto su mano de raíces se me enroscó en el puño como un garfio de fierro. A mí me volvió el dolor, el mareo, las náuseas y me sentí grave.

—Déjeme ir, don Elías. Me siento mal —supliqué.

—Cuando me hayas jurado.

—Es que tengo que ir al baño. Estoy muy enfermo —le expliqué. — Tanto mejor, así tendrás que jurarme.

—¡No me gusta jurar! —grité haciendo fuerzas por librarme.

—Aunque no te guste. Jura que no me dejarás nunca.

Y juré. Y apenas tuve tiempo de llegar al baño. Y me corría una transpiración por la cabeza y era como la muerte. Cuando salí de ahí me daba lo mismo haber jurado o no, quedarme toda la vida con Elías o que me volvieran a operar. Era terrible.

—Te sientes mal, bienvenido —me dijo Elías—. Bébetе esa aguüta que hay en mi mesa de noche y te sentirás mejor.

Me la bebí y me tendí a sus pies. El cuarto daba vueltas con su luz roja. Elías y su catre. Era atroz.

—Pobrecito —decía la voz del viejo cada vez más lejos. Sentía como si yo estuviera dado vuelta al revés, es decir las tripas afuera y la cabeza adentro.

III

Parece que lo peor fue comer la sandía recién operado. Dice la enfermera que cuando me encontraron en el 13 estaba mal de gravedad y el profeta Elías me había tomado tanto cariño que no dejaba sacarme de su cuarto. Y yo estaba entre que me moría y lo contrario.

Parece que llegaron todos los doctores a examinarme y discutían qué hacer. Y después de cada discusión me llevaban al Pabellón y me hacían alguna cosa y a papá no lo tomaban ni en cuenta. Pero al profeta sí. Y dice la enfermera que dos doctores decían que me dejaran morir tranquilo, y dos que «había que luchar» y otros dos «que hay que salvarlo a toda costa»

Yo no le tenía miedo a la muerte, ni al Juicio Final. Todo me daba igual y hasta los doctores, mirándome todo el tiempo con caras raras, poniéndose máscaras y guantes y llenos de aparatos atómicos. Yo me sentía así como la mona del satélite. Hablaban de mí como si ya me hubiera muerto. Y eso era lo que me preocupaba, porque yo no me había muerto nunca, y no podía saber si ya estaba ídem o no, si esto era antes o después, si seguía en este mundo o entraba al otro.

Dice la enfermera que costó millones volverme a la vida, pero había que hacerlo porque el profeta Elías prometió darle al hospital dos salas nuevas si me salvaban. Y como el señor Rubilar es de lo más millonario que hay en Chile, había que darle gusto. Porque el profeta Elías no era más que el señor Rubilar, un millonario viejo y solitario y tullido y avaro que vive en esta clínica hace años. Y dice la enfermera que a ella la llama a cada rato y le pregunta cómo estoy yo, y le dice «cuídamelo como a un rey» y le cierra un ojo, lo que quiere decir que le va a pagar muy bien.

Pero a mí todo me daba igual, por eso de no estar bien seguro si uno está vivo o muerto. Y mi papá dale con mirarme con esa cara que tenía cuando estaba cesante; y Javier que ni buscaba pelea y estaba muy patero conmigo y mi mamá besándome a cada rato. A uno le cuesta convencerse de que está vivo, y también cuando ve lo mucho que lo quieren de muerto, no sabe si le conviene resucitar. En fin, que para saber de una vez, decidí que si me ponían coronas estaba y si no, no estaba.

Pero cuando me dieron agua y la tragué, me di cuenta que iba a sanar. Y también pensé en la gente que vive en el desierto sin agua y en los que no saben hablar y no pueden pedirla y apenas se me despegó la lengua y le dije a mi mamá:

—Dale agua a la guagua. Es terrible la sed.

Y cuando yo sea grande voy a dar orden que en los hospitales haya una llave de agua en cada cama, y también en cada esquina de las calles.

El señor Rubilar me manda flores todos los días, como si yo fuera artista y cada vez que me llevan al Pabellón a hurguetearme, hace que le abran la puerta para verme pasar.

La enfermera dice que lo que yo pida él lo hace, así que le mandé decir con ella que le diera diez mil pesos y se los dio al tiro. ¿Cómo puede ser avaro, digo yo? Ahora que estoy mejorando me dan tentaciones de pedirle un rifle alemán, con mira y todo, pero me vienen el dolor y la sed y lo único que pido es agua. Y me acuerdo de Pecos Bill y de todos los operados del mundo también.

La enfermera se llama Berenice y es enfermera sólo cuando está cesante del *Bim-Bam-Bum* y dice que si ella consiguiera que se levantara el señor Rubilar, lo llevaría a la representación y se mejoraría hasta de su vejez. Y quiere que yo me mejore para que lo convide y vayamos los tres juntos.

Lo malo de Berenice es que aunque yo no le hable, ella sigue y sigue hablando, y a ratos le da con que yo soy un pobrecito mártir de los médicos que siempre se equivocan de enfermo y de remedios, y después le da con que ellos me llevan abriendo y cerrando para sacarle más plata al señor Rubilar. Se ve que ella tiene el complejo del dinero. Porque me cuenta tantas cosas tremendas que hace la gente por dinero y dale y dale.

Y yo me quedo dormido y entonces sueño con el Juicio Final y Dios Padre contando dinero y es gente conocida y yo soy una moneda de oro. Pero moneda y todo me abren y me hurguean y me sueldan con un soplete y despierto gritando.

Pero ayer tuve un sueño profético, algo así como el de José en la Historia Sagrada. Y todo está pasando igual que en el sueño.

Yo era un cerro de la cordillera, un cerro grande y pesado completamente inmóvil, de esos que esconden el sol y todo. Y llegaron unos mineros y descubrieron que yo tenía Uranio y Oro y empezaron a sacármelo de mí. Era doloroso, tremendamente doloroso y cuando uno es

cerro ni puede defenderse.

Y sentía un calor de volcán, y una rabia con los intrusos... Pero de repente uno de ellos se convirtió en ángel y tenía alas de plástico y ojos de mar con olitas, y mirándome, decía:

—Si quieres recobrar tu apéndice, debes ser Santo— (hablaba con voz de trompeta celestial) —y subir al cielo en el carro de fuego del profeta Elías. Y junto con decir esto apareció el señor Rubilar ardiendo en llamas y con ruedas y una huasca de fuego. Yo me subí a su carro y en ese mismo instante desperté bañado en traspiración.

La Berenice me ponía el termómetro y dos doctores me miraban con cara de premiados.

—Te hemos salvado —dijo el más creído—. Te ha bajado la fiebre y ya estamos del otro lado.

—¿De cuál lado? —pregunté.

—Mañana estarás mejor y en una semana más, levantado y en el colegio.

—¿Eso quiere decir que me han devuelto mi apéndice?

—Y mejor que eso: la vida.

No pregunté más. Ellos no podían saber de mi sueño que era puramente mío. No podían saber lo que me dijo el ángel ni iba yo a decirles que yo era un Santo tampoco. Ahora la cuestión era guardar mi secreto y tratar de hacer milagros sin que los demás se dieran cuenta. Porque me daba horror de que me sacaran reliquias, me hicieran promesas o me fueran a poner en la Iglesia para que me besaran.

Tenía que disimular. Tenía que parecer el mismo de siempre.

Cuando entró mi mamá se me ocurrió hacer un milagro, pero me dominé, y le dije que me sentía mejor y nada más.

Al poco rato llegaron todos los demás médicos y se veía en sus caras que les iban a dar las dos salas nuevas del hospital.

La Berenice me contó que se volvía al *Bim-Bam-Bum* porque el señor Rubilar le había dado una propina que le servía para no trabajar y me contó también que ojalá no me fuera demasiado luego a casa porque al irme, la mina del 13 iba a cerrarse para siempre.

Cerré los ojos y me dormí como un ángel guardando mi secreto y mis milagros.

IV

Cuando uno está grave ni sabe si es día o noche, ni si es una semana cada ídem o un año entero. Pero mi mamá estaba muy poco más vieja así que no había pasado mucho tiempo.

El operado grave no cambia ni el pellejo, ni el pelo ni las uñas, pero cambia el carácter. Porque cuando se mira tanto el techo de un solo cuarto, y en ese techo no hay más que una araña, y esa araña está muerta ¡no hay caso! Y todo lo que pasó fue raro y tremendo.

Mi mamá se había vuelto a casa con la guagua y yo estaba ya «fuera de peligro» y me llevarían en dos días más en la ambulancia nueva que regaló el señor Rubilar y que tiene hasta Televisión. La Berenice seguía cuidándome, pero me tenía hasta la coronilla porque es de esa gente que se cree trineo con cascabeles, y dale con cantar o reírse, así que le dije que iba a dormir para que se fuera un rato.

Apenas se había ido, se abrió la puerta y apareció en mi cuarto el propio profeta Elías en un carro de plata. Tenía cara de dibujo animado y

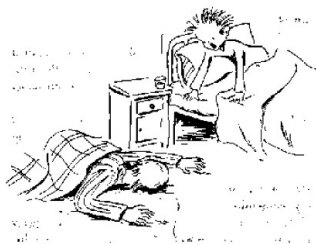
parecía muy feliz. Cerró cuidadosamente la puerta y se acercó a mi cama con carro y todo.

—Papelucho bienvenido, has hecho el milagro de mejorarme —dijo— y yo tenía que verte.

Sus manos de raíces pescaron la mía y yo lo saludé con mucho gusto porque era mi mejor amigo, ya que yo lo había sanado.

—Yo vivía tullido desde hace muchos años —me dijo— y no tengo parientes que me cuiden, por eso estoy aquí. Algunas veces me sientan en esta silla de ruedas y me llevan al sol. Pero esta mañana, he sido yo solo quien se ha bajado de la cama, yo el que he tomado mi silla y la he traído hasta aquí. ¡Ese es un milagro tuyo!

Yo me sentí raro. Nunca había hecho un milagro antes.



—¿Está seguro que puede andar? —le pregunté.

—Totalmente seguro —dijo— y para probártelo, ahora mismo me verás caminar.

Al decir esto, el señor Rubilar puso las manos en los brazos de su carro de plata, bajó los pies al suelo y se puso de pie. Era más alto y huesudo que un mástil de velero y su cabeza de calavera casi topaba al techo. Quiso empujar el carro, pero se enredó en la manta y el pobre se vino al suelo como un florero y creo que se quebró también. Yo salté de la cama para recogerlo, pero ¡no había caso! Era una cosa inmóvil. Lo tapé con su manta y me metí a la cama otra vez. La herida me dolía rabiosa y yo con esos dos sustos -el del profeta quebrado o muerto y mi peritonitis otra vez- me puse a rezar con furia.

Y rezando y rezando, se me pasó el dolor, pero el señor Rubilar ni se movía. ¿Qué clase de milagro había hecho yo si el pobre viejo iba a morir por mi culpa? Entonces me acordé del timbre que nunca tocaba de miedo a que llegara la Berenice con sus cantos, y le enterré el dedo. Nadie vino, y yo seguía tocando. Por fin me di cuenta que su famoso alambre colgaba de mi catre sin meterse en ninguna parte. Había que hacer otra cosa para tocar Alarma. Cualquier cosa que no fuera levantarme de nuevo por mi famosa herida. No podía gritar, por eso mismo. Si hubiera pedido el rifle alemán con mira, habría disparado. Eso me dio la idea de reventar la ampollita estrepitosamente. La desatornillé de mi lámpara y la tiré contra la puerta. Sonó como el ruido seco de un disparo. Y al momento se oyeron voces y carreras en los pasillos. Decían:

—¡Fue un balazo! Por aquí... —y pasaban de largo.

—Hay que llamar a la policía —decía una voz—. Debe ser el 9, el que se suicidó antes.

—¡Yo no entro a verlo! —decía otra— No quiero meterme en líos.

—¿Descubrieron dónde fue el disparo? —dijo la voz de un médico. Y

nadie contestó.

—¡A revisar todos los cuartos, uno por uno! —ordenó él y empezaron a zumbar los portazos. Yo contaba cada puerta que cerraban, y cuando sentía acercarse los pasos a la mía me latía el corazón de la esperanza que abrieran... pero... nada. Se pasaban de largo. Se oyó una voz de trueno. Debe haber sido el Dr. Soto, el jefe:

—¿Han revisado todos los cuartos? —preguntó.

—¡Sí, profesor! —dijeron las muy mentirosas en coro.

—¿Está todo en orden? ¿Los enfermos sin novedad?

—¡Sí, profesor! —otra vez las muy farsantes.

—En ese caso habrá sido en otro piso... —y los pasos se alejaron.

Entonces oí en mi puerta dos voces de mujer. Una decía:

—¡Oye! Fíjate que el 13 no estaba en su cama.

—¿Y cómo no le dijiste al jefe?

—¿Estás loca? Si sabe que el viejo avaro ha desaparecido se va a armar la grande en el hospital. Hay que encontrarlo primero.

—Pero ese viejo es tullido. ¿Cómo pudo escaparse?

—Ahí está el misterio. ¿Quién se lo ha podido robar? ¿Dónde lo han escondido?

—Yo daría cuenta al jefe. Después de todo es enfermo tuyo y eres responsable.

—¿Yo responsable? Yo fui la única que acepté de cuidarlo con la condición de que no era responsable. Es un viejo brujo.

—A lo mejor él ha dado el disparo. ¿Buscaste bien en su pieza?

—Hasta debajo del catre, hasta por la ventana. ¡Ni luces!

—Yo voy a dar cuenta al jefe. No quiero meterme en un lío. —Si le dices algo, te vas a arrepentir toda tu vida.

Yo llamaba con pocas fuerzas diciendo:

—¡Aquí! ¡Vengan aquí! ¡Socorro que hay un muerto!!! —pero nadie me oía. La voz habló de nuevo.

—Si no me dejas hablar a mí, lo tienes que hacer tú.

—¿Para que me llamen la atención? ¡Jamás! A mí me hace mal cuando me reconviene.

—Pero, ¿entonces?

—¿Entonces qué? Tendrá que aparecer más tarde.

Otra voz se oyó entonces.

—¿Han revisado todos los enfermos del piso?

—Sí, señorita ángela. Menos el 15, el niño ése que ni se mueve. Menos mal que alguien decía la verdad. Pero a la señorita Ángela tampoco le interesó mi cuarto y se fue.

V

Me puse a rezar con furia y cada vez con menos y menos hasta que me dormí, y cuando desperté ya había oscurecido, no tenía luz ni me acordaba de Elías y su carro de plata. Era tremendo estar operado y no tener ni luz siquiera. Me daba congoja pensar que todo lo que me estaba pasando era pura equivocación y la pena me iba subiendo por el cogote a la garganta cuando... oí a mi lado un extraño ronquido. Era una voz de hipopótamo tartamudo que se quejaba y se quejaba. Me puse bien despierto y mientras más despierto estaba más me daba miedo de saberme solo, a oscuras y con un monstruo. Y ni me acordaba del profeta, del milagro ni de la ampollita que reventé. El miedo es así; todo se olvida, y sólo queda un alboroto en el pecho.

Entretanto los quejidos se volvían como un rezongo, como una voz enojada, y también había un crujir de huesos. Se me pararon los pelos que hacía tanto tiempo me caían en los ojos y se me puso áspero el pellejo. En ese momento se oyó una voz:

—¡Qué horrible pesadilla! —decía— Soñé que me iba al cielo en un carro de fuego y desde mucha altura caía a tierra ardiendo. ¡Qué tonterías se sueñan!

Ahí me acordé de todo. Era el señor Rubilar que resucitaba (otro milagro mío, a lo mejor) y lo más estupendo era que se levantaba como si nada fuera, sin quejarse de estar quebrado ni nada.

—¿Usted está bien seguro que fue una pesadilla? —le pregunté— ¿Nada le duele?

—Nada. ¿Por qué no enciendes luz, bienvenido? Está oscureciendo.

—Quebré la ampollita de mi velador y no puedo levantarme a encender la otra.

Apenas dije esto, se iluminó la pieza, y mi amigo el profeta me miró desde su altura con cara muy sonriente.

—También tú has dormido —dijo— y no te vendría mal un paseo en mi silla de ruedas. A ver si me dejas regalarte un poco. Allá en mi cuarto hay algunas sorpresas para ti, de este amigo agradecido.

Dejé que me tomara en sus brazos y me sentara en el carro de plata. Pisaba firme en el suelo y me instalaba suavemente entre chales. Como si fuera una niñera gorda, empujaba despacio el carro hacia afuera.

Era la hora del silencio, y no encontramos a nadie en el pasillo. Las lucecitas rojas de las puertas hacían ver todo rosado como de amanecer y yo ni sabía si era noche o mañana. Entramos al 13 y cerramos la puerta sin hacer ruido. El señor Rubilar con su bata peluda como un oso abrió el ropero blanco de su cuarto y sacó de él un paquete cuadrado. Yo me había alcanzado a imaginar que me tenía un rifle, alguna Hecha, unos patines, en fin... Esa cajita cuadrada a lo peor eran galletas (no quería comer) o alguna tontería, gusto de grandes. Me sentí mal y débil.

—Desenvuélvelo tú —me dijo entregándome el paquete, y yo lo desaté sin ninguna esperanza.

Pero es lo bueno cuando uno no espera nada: resulta siempre algo regio y al abrir el papel, me encontré con una radio a pila, de esas de onda corta y larga. Casi me morí de gusto.

—¿Es para mí?—le pregunté.

—Para ti. Te servirá de entretenimiento mientras estés en cama.

—¿Usted es contrabandista?

—Ahora no... —dijo riendo— No soy más que un viejo reumático.

La hicimos funcionar y oímos de todo el mundo: China, Polo Sur, Mendoza, Quillota y Rusia. Era maravilloso. En su estuchito de cuero, como una máquina fotográfica cualquiera, uno viajaba por todo el mundo con ella.

Del puro gusto le di un beso al profeta.

—¿Podremos comunicarnos con algún satélite? —le pregunté. Y entonces se puso amarillo y se sentó en su cama.

—No me hables de esas cosas —dijo—. Me hace daño. Yo trabajé muchos años en un laboratorio y no quiero acordarme de todo eso.

—Creí que era contrabandista.

—Y sabio también. He sido muchas cosas. Pero ahora no recuerdo quién soy. —Es el señor Rubilar —le expliqué—. Antes creía yo que usted era el profeta Elías. Pero, al fin, da lo mismo. —No da lo mismo, ¿quién te ha dicho que soy Rubilar? —Creo que la enfermera...



—Miente. Esa mujer miente. ¿O es que tú eres también Rubilar?

Le dije «No» con la cabeza. Se me había secado un poco la lengua al verlo tan enojado con la Berenice. ¿Por qué no querría ser el que era? ¿Por qué me preguntaba si yo era Rubilar?

—Soy tu abuelo —dijo con voz de águila—. Ahora lo recuerdo todo. Lo estoy viendo suceder, como en una película. Espera un poco; voy a contarte un cuento; mi cuento. Yo no sabía quién soy, me creía un personaje sin historia. Cada persona tiene su cuento, yo tengo el mío. Uno es el que es en el cuento ¿me entiendes? Mi historia me hizo a mí y yo hice mi historia. ¿Verás ahora cómo y por qué soy tu abuelo? ... el señor Rubilar, como me llaman. Escucha... Hace muchos años, yo era tan chico como tú y dormía en una bodega entre un montón de botellas vacías que rodaban por el suelo cada vez que yo en sueños cambiaba de postura. No tenía hogar, ni padres ni parientes. Me las arreglaba solito y no me faltaba ni dónde dormir ni qué comer. En mi bodega había frutas, en algún huerto verduras, y cuando quería trabajar me pagaban con panes o comida caliente. Cuando me crecieron las piernas, me dio por caminar y me empleé en una mina. Los mineros me llamaban su «mascota» porque decían que yo traía suerte. Se peleaban porque trabajara con ellos. Poco a poco me di cuenta que yo mismo era esa mina: los dejaba disputarme como en un remate y trabajaba para el mejor postor.

Una noche me desperté ahogado. Alguien me había envuelto en una manta y me llevaba maniatado y amordazado entre sacos. Traté de librarme hasta que, por fin, los brazos fuertes que me apretaban, cedieron, y caí al suelo. Sentí entonces sobre mí el peso de aquel cuerpo. Sentado sobre mi pecho y aplastando mis brazos con su enorme volumen, el Chuzo me desató la vista y la mordaza.

—Vas a trabajar conmigo, Alcornoque —me dijo—. Ya sabes que soy más fuerte que tú... Nos haremos ricos y apenas seas capaz de aturdirme, te

dejaré ir.

El Chuzo era un hombrazo de dos metros y espaldas gigantescas. Sus brazos de acero lo hacían temer de todos los mineros. Había llegado a la mina pocos días antes y se marchaba conmigo. ¿Qué dirían los otros cuando supieran que el Chuzo se había robado a la mascota, a Alcornoque?

Caminamos toda la noche, yo a su lado, escuchando sus novelas de una «pertenencia» que era suya por ley, de un rincón allá, quebrada adentro, en el cual nos esperaba una gran fortuna. Había una cueva natural donde nos alojábamos, había una coccinilla de piedra y un buen rifle para cazar animales. El Chuzo era un hombre duro y trabajábamos desde el aclarar. Contaba historias y a ratos cantaba. Tenía un ojo de lince para la caza. Yo resulté un buen discípulo y él sabía preparar muy sabrosas las carnes «al palo»

Cuando su «pertenencia» dio oro, yo me alegré por él, pero me dio pena dejarlo. ¿Dónde podría estar mejor que con el Chuzo? Durante ese tiempo, con la picota al hombro, mis piernas se habían alargado tanto que éramos los dos del mismo alto y mis brazos se habían hecho tan fuertes como los suyos. Un día me dijo:

—Alcornoque, ha llegado la hora de separarnos. Ya he reunido todo el oro que necesito para ser rico y vender mi pertenencia. A no ser que te atrevas a aturdirme —se rió— y en ese caso serás tú el rico.

Parecía muy seguro de su fuerza superior, parecía no haberse dado cuenta que yo había crecido y que ya era un hombre.

—A ver si te atreves —me dijo al ver que yo no le respondía, y junto con decirlo me dio una bofetada. Yo estaba desprevenido y caí al suelo. Pero me puse de pie de un salto y también sin aviso, le mandé un golpe en plena cara. Tambaleó, rodó en las piedras y se quedó aturdido. Cuando volvió en sí, sobándose la mandíbula, me dijo:

—Te había dicho que trabajarías conmigo hasta que fueras capaz de aturdirme. Ahora estás en libertad y puedes marcharte.

—No quiero irme —le contesté.

—Sobras —me dijo— ¿entiendes? Quiero que te largues y no verte jamás. Me dio un puñado de pepitas de oro: —Ahora vete —dijo— y si algún día me encuentras en la vida, haz como si nunca me conociste.

Partí triste y desorientado. En el pueblo, había que pagar la comida y saqué una pepita de oro en el cafetín. Me vi rodeado de extraños. En la noche me asaltaron y quedé inconsciente y sin un peso.

Cuando me repuse, tenía que decidir si continuaba el camino hacia la ciudad machucado y pobre o si volvía donde el Chuzo y su tesoro. Me decidí por lo último y cuando salió la luna me encaminé hacia los cerros.

Encontré al Chuzo en la cueva de siempre.

—Es bueno que hayas vuelto —me dijo—. No me he atrevido a salir y dejar esto solo. Ahora me iré llevando los papeles y las muestras y tú quedarás cuidando hasta mi regreso.

Cuando lo vi partir, corrí tras él y le conté que había sido asaltado. Que acaso los que me robaron el oro, andarían a la búsqueda de la mina.

—¿Tienes miedo a quedar solo? —me preguntó.

—¿Miedo? —sonreí empuñando el rifle que él me había entregado— Eres tú el que no lleva armas para defenderse —era la primera vez que lo tuteaba. La única.

—Soy el Chuzo —me respondió con orgullo—. Nadie se ha atrevido hasta ahora a tocarme... salvo tú. Volveré, y seremos socios tú y yo.

Esa fue su despedida.

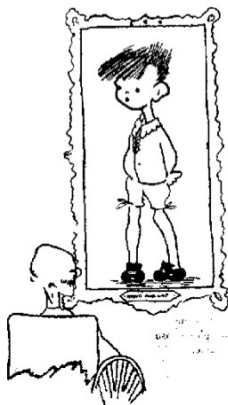
No volvió nunca más.

Bajé al pueblo después de mucho tiempo. Había arreglado el terreno disimulando las excavaciones, los rastros de nuestra vida allí. Averigué en muchas partes y supe por fin que unos cuatreros habían asaltado al Chuzo. Nada de seguro si fuera él u otro la víctima. Por fin fui a la ciudad. Durante muchos meses averigué hasta encontrar la inscripción de la «pertenencia». Estaba inscrita a nombre de Adalberto Rubilar. Y nadie conocía ese nombre.

Con el oro vendido tenía lo suficiente para vivir bien, trabajando para no anquilosarme y estudiaba de noche, porque quería saber.

Pasaron así tres años. Yo era un hombre de veinte años, un poco educado, un poco leído y trabajando de empleado en una oficina.

Una noche, me picó la araña de otros tiempos, de volver a las andanzas a la montaña, a la «pertenencia» Y preparé mi viaje.



Llegué a la cueva en una mula y me costó descubrirla porque todo ahí había cambiado y los quiscos y los cardos desfiguraban la quebrada. Encontré las piedras con que había cubierto el tesoro, las removí para cerciorarme si todavía estaba ahí y lo cubrí de nuevo.

¡De nada me servía esa mina y esa fortuna mientras no apareciera el Chuzo, su verdadero dueño! Y regresé al trabajo, sin tocarla.

Pasaron muchos años.

Un día llegó a verme a mi cuarto de pensión un extraño personaje. Traía una carta para mí y decía que me había buscado durante muchos meses. La carta estaba a mi nombre y entre comillas «Alcornoque» y venía manchada y sucia. La abrí y era un mensaje del Chuzo desde un hospital lejano. No estaba escrita por él, sino dictada y hacía en ella el encargo al juzgado local de que me fuera entregada después de su muerte. La carta estaba con fecha de tres años atrás y timbrada en el juzgado el día de su muerte en esa misma fecha. Me legaba su mina y su nombre. Me pedía que hiciera mi vida como Adalberto Rubilar y que algún día conocería a su hijo y a su nieto, que serían míos.

Al cabo de tres años, yo era Adalberto Rubilar, un hombre rico y joven. Nunca me casé. Nunca quise tener amigos por miedo. Viví sesenta años cuidando esa fortuna hasta que me enfermé y vine a dar aquí sin tener a nadie que me cuidara. Esa es mi historia, ese es mi cuento. ¿Y sabes tú cuál es el fin?

Donde menos lo pensaba, en este aburrido hospital he venido a encontrar por fin lo único que verdaderamente he buscado: a mi nieto, el chico Rubilar. bienvenido Papelucho Rubilar.

—Y ahora a tu cama sin contarle a nadie la historia de tu abuelo.

Me arrastró en la silla de plata hacia mi cuarto y mientras caminábamos me atreví a preguntarle:

—¿Qué diré si me preguntan de dónde saqué esta radio?

—Dirás que fue tu abuelo y nada más.

Me recostó en la cama, me arrebujó bien y sentándose en su silla de plata, hizo girar las ruedas y salió. Afuera oí unos gritos de sorpresa. Era la voz de Berenice y la señorita Ángela.

—¡Cielos! ¿Dónde había escapado nuestro enfermito del trece?

—¿Cómo logró sentarse en la silla solo?

—¿Qué maldades hacía? Lo hemos buscado por todo el hospital.

Las voces se perdieron detrás de la puerta al cerrarse y yo quedé con mi radio muy contento pensando que al fin y al cabo, cuando uno nace sin abuelos, bien puede suceder que le nazca uno de repente y le arregle ese asunto de tener quién le regale una radio siquiera.

VI

Parece que me dormí oyendo un programa de radio tremendamente macanudo y me acuerdo un poco que era como si yo me fuera convirtiendo en uno de los rusos que aterrizaron en la luna. La cuestión fue que poco a poco se armó un enredo y la luna era el hospital y los médicos eran enemigos y nos tomaban presos y todo lo demás. Y yo trataba y trataba de despertar y era inútil y resulta que me había convertido en estatua igual que el caballero de bronce que hay a la entrada del H. ese que en vez de pies termina en piedra y está enterrado en el suelo. Y mis pies no se podían desenterrar tampoco y yo tiraba y tiraba... De repente, tampoco pude respirar... ¡Y tac, desperté!

Me ahogaba. Y resulta que era el Casi que me estaba apretando la nariz.

—Mi papá me obligó a venir a verte —me dijo—. Ya te vi y ahora me voy.

Pero en ese momento descubrió mi radio y los demás regalos y no se acordó más de irse.

—Todo eso sería tuyo si yo tuviera mi apéndice. —y le expliqué lo del profeta.

—Yo tengo una idea —me dijo—. ¿Cuándo te vas a mejorar?

—No sé. Ahora ya no soy ni grave, estoy convaleciente.

—¿Y eso qué es? ¿Para qué sirve?

—Para nada. Es mucho mejor ser «caso grave» porque a uno lo tratan como Campeón de algo. Ya no soy «grave» y tampoco soy «sano» Sólo «convaleciente», nada más.

—¿Nunca te vas a mejorar?

—¡Yo qué sé! Dice la Berenice que nadie quiere que me vaya del hospital porque hay un señor que paga todo mientras esté yo aquí.

—Ese es un complot, entonces. Hay que averiguar quién es ese canalla.

—No es canalla. Es el señor Rubilar.

—Mi papá tiene un diario en Osorno y arregla todas las injusticias y las canalladas con su diario. Pone en primera página con letras rojas al Canalla.

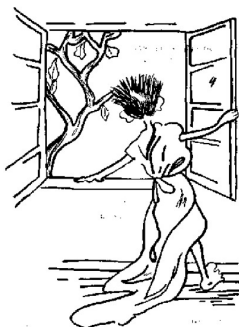
—Pero si te digo que no es canalla. Es el señor Rubilar.

—Aunque sea Rubilar, si a ti te tiene secuestrado aquí, es canalla.

—No puede ser canalla si paga los gastos de los enfermos del hospital.

—Esa no es gracia. Él es enfermo. Lo canalla es el complot de que tu seas un desgraciado convaleciente.

Y dale y dale hasta que yo le fui encontrando razón. Era harta injusticia conmigo. O soy sano entero o grave, pero no eso. Hablamos y hablamos con la radio a pila a todo grito y empezamos a planear cómo fugarme yo de los secuestradores y, al mismo tiempo, que nadie lo supiera para que los enfermos tuvieran qué comer. Y yo me acordaba de mi sueño y mis pies de piedra enterrados en el patio de entrada del hospital y eso de no ser libre nunca más. Así que el Casi y yo arreglamos todo para escaparme en la noche por la ventana y dejar con llave la puerta de mi pieza para que nadie supiera si estaba yo ahí o no.



Cuando el Casi se fue después que planeamos bien el negocio, yo me hice él con sueño pero con hambre y comí dos comidas. Mamá ni se apareció esa tarde porque la guagua estaba «odiosita» y mi papá tenía reunión. Total que uno es el perro y más vale volverse luego a casa antes que crean que uno se murió para siempre.

Puse mi radio bien alto para no quedarme dormido y a cada rato entraba una enfermera a hacerla callar porque nadie podía dormir, hasta que al fin se apagó la luz del pasillo y se puso roja lo que quiere decir «silencio» y que todos bajan a comer.

Era el momento de mi fuga.

Yo tenía un miedo tremendo del dolor de mi herida y bajé despacito las piernas al suelo. ¡Nada! Como si nunca hubiera estado enfermo. Me fui

enderezando poco a poco y decidí andar agachadito. La cuestión era que no había ropa para vestirse. Mi mamá se había olvidado de traerla. Me envolví en la sábana y me puse de cinturón el alambre de la campanilla. Pesqué mi radio y abrí la ventana. El árbol que alcanzaba justo a mi balcón se mecía con el viento y se movían las sombras en la calle solitaria como unos fantasmas. Yo tenía que subirme a la rama y bajar despacito, con mi radio. Pero antes había que echar llave a la puerta.

Justo iba a ponerle llave, cuando se abrió y entró en su carro de plata mi amigo el profeta. Era como una maldición, porque todo nuestro plan se venía abajo. Y también que con lo que hablamos con el Casi yo ya ni lo quería nada.

—¡Te he sorprendido en la fuga! —me dijo con ojos de loco.

—¿Por qué? —fue todo lo que atiné a decir.

Bueno, no hay más que verte... Eso sí que has planeado mal tu escapada. ¿Cómo vas a ir por la calle en la facha de árabe? ¿Tienes dinero para tomar los micros? Vas con los pies desnudos.

—¡Ve como usted es profeta! —le dije y él creyó que era broma, y se rió.

—También yo quiero fugarme de este hospital. Estoy secuestrado. Hay un complot en contra mía —dijo.

—¿Por qué dice eso? —me daba rabia que él dijera eso cuando el secuestrado era yo y el complot era contra mí.

—Nos iremos juntos —dijo.

—¿Y quién le va a pagar la comida a los enfermos?

El señor Rubilar se puso pensativo. Yo aproveché para explicarle que se iban a morir todos de hambre si él se iba.

—Debe ser tremendo estar enfermo y no tener qué comer. ¿Para qué quiere usted su plata, abuelito?

—¡Me has dicho abuelito!

—dijo como iluminado.

—Sí, abuelito.

—Haré lo que tú digas, nieto del alma.

—Haga un cheque, entonces y después nos vamos con su carro y todo. Total, entramos al 13, hizo el cheque, la maleta y me puso una chomba nueva del tiempo de la Revolución y unos calcetines que le dio un Padrecito cuando hizo la Primera Comunión.

Estábamos listos. Ahora la cuestión era salir de ahí sin que nos vieran.

Por muy profeta que fuera el señor Rubilar no era capaz de bajarse por el árbol. Salir por la puerta del hospital era imposible porque hay un dichoso «sereno» que embroma todo. Nos pusimos a pensar.

Pensamos y pensamos y decidimos por fin lo del árbol, porque no había otra manera de salir. El señor Rubilar bajaría adelante y yo lo sujetaría desde arriba. ¡Listo!

Pero sucedió lo fatal. Hacía un viento feroz y las ramas se iban y venían. Había que aprovechar el momento en que se acercaban. Llegó por fin la rama hasta tocarnos las narices, y el señor Rubilar, a caballo en el balcón, alargó el brazo y se pescó de la hoja, creyéndose firme. Yo lo tenía cogido del cinturón.

Fue toda una fatalidad. La hoja se quedó en su mano, la rama se la llevó el viento, el cinturón tenía la hebilla descosida y el cuarto nuestro en vez de estar en el segundo piso estaba en el cuarto.

¡Zas!

Se oyó un golpazo y yo me quedé arriba con una tira de cuero sin hebilla.

El señor Rubilar aplastadito en la vereda.

Llegó un policía, un suplementero, un tortillero y un yerbatero. Sonó el pito del autopatrulla y se armó la grande. Yo cerré la ventana y me saqué las cosas con que me había vestido. Me costó más trabajo hacer la cama y poner otra vez la sábana.

¿Se habría muerto el señor Rubilar? ¿Se habría quebrado algo? ¿Qué diría el Casi cuando supiera el desastre?

Sentí sonar la sirena del autopatrulla cuando lo recogió la ambulancia. ¿Para qué se lo llevaría si la puerta del hospital estaba a un paso?

Oí después cuando lo traían al piso. La voz de la señorita Ángela dando órdenes y el doctor Soto y los demás. Amanecería en el 13. Si hubiera muerto lo habrían enterrado, así que el profeta estaba vivo. Me dormí pensando en Casi y en su papá.

¿Aparecería mañana en la primera página de su diario de Osorno mi secuestro y el complot del hospital?

VII

Parece que el autopatrulla no se llevó al señor Rubilar sino a la señora gorda que lo recibió en la cabeza al caer. Ella quedó liquidada. No sé cómo, pero él «sufrió rasguños».

Cuando desperté al otro día, el profeta estaba a mi lado sobándose un codo en su silla de ruedas.

—He roto el cheque —me dijo entregándome un papel—. Nuestra fuga ha fracasado y es mi única venganza.

Yo me enderecé tratando de recordar. Tenía uní confusión en la cabeza porque había soñado otra vez con la luna y los marcianos y los rusos y no sabía ni cómo me llamaba.

—Por culpa de ese estúpido fracaso, estoy diagnosticado de «intento de suicidio» y me han recetado camisa de fuerza y doble vigilancia.

—¿Se lastimó, abuelo? —pregunté por decir algo.

—Poca cosa. Pero ahora no tengo ninguna esperanza de salir de aquí.

Dos lágrimas amarillas resbalaron por sus mejillas secas.

—Haremos otro plan —dije también por decir algo.

—Planearemos las cosas con más inteligencia. La tierra no me interesa, bienvenido. Para huir de sus limitaciones tú y yo nos escaparemos hacia otro planeta. Ya tengo algo pensado. Deja madurar mi idea y te la diré. Entretanto, júrame tú que no te moverás de aquí hasta que yo te avise.

—No me gusta jurar —empecé de nuevo. ¡Qué afán tiene este caballero de que uno jure cada cosa!.

—Me basta tu palabra, nietecito... —Yo se la di y se fue en su silla de plata justo en el momento en que entraba Berenice con mi desayuno.

—Vengo a dejarle su desayuno y me voy —dijo—. Desde las 9 estamos en huelga y nos vamos a desfilas. Los enfermos quedarán solitos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No han pagado el reajuste de sueldos. Este hospital no tiene un peso y gasta como un país. Los remedios son caros y hay muchos enfermos.

—¿Y si no hay plata, quién les va a pagar?

—¡Qué sé yo! Tendrán que devolver a su casa a los enfermos. ¿Quién

les va a dar un vaso de agua?.

—Sería bueno dejarles un vaso en la mesa de noche —dije—. Muchos estarán contentos de irse a su casa, pero otros tal vez no tienen dónde irse... como el señor Rubilar.

—¡Ese! ¿No supo la de anoche? Trató de saltar por la ventana y por poco se mata. Ahora estará amarrado en su cama con camisa de fuerza y no podrá ni moverse. Bueno. Chaíto, le dejo otro pan más por si tiene hambre en la tarde. —y con esto se fue dando un portazo.

El portazo retumbó largo rato en el hospital. Allá lejos se oía una tos que no paraba nunca y algún quejido largo, como en la noche. Yo pensaba en el profeta amarrado entero, en los operados, en el Casi que me estaría esperando en la Caleta para ir a pescar.

Había que hacer algo. Uno no puede ni tomar desayuno cuando sabe que hay otros muriéndose de hambre. Me bajé de la cama y me puse la chomba del profeta. Salí al pasillo y no vi a nadie. Fui entrando de pieza en pieza y a cada enfermo le pasé su ropa por si quería vestirse. Sólo dos eran graves y ni me hicieron caso.

Cuando llegué al 13, desaté al profeta y le pedí que me devolviera mi palabra porque tenía que irme.

—Nos marchamos juntos —dijo—. ¿Qué voy a hacer aquí solo?

Por lo demás lo tremendo es en las salas. Dicen que hay mil operados que no tienen ni casa donde irse. Se van a morir de hambre. Si alguien tuviera dinero para pagar los sueldos de las enfermeras, esa gente viviría.

—Hay otros dos enfermos graves que no pueden moverse. —le dije—.

—¿Tú piensas así? —me preguntó mirándome como si yo fuera un fenómeno.

—Sí, abuelo. Yo pienso que uno puede ser criminal sin querer.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si alguien se muere de hambre es culpa de otros. Los enfermos no pueden trabajar.

—Tienes razón. Quizá podría yo hacer otro cheque al hospital.

—Quizá —dije—. Y quizá salvara usted montones de vidas y quizá se sentiría más feliz.

Total me pidió la libreta de cheques, hizo uno de no sé cuántos millones y me lo dio para que lo llevara a la administración.

—Lo hago porque tú me lo pides, y también un poco para que me quieras más —me dijo— y para que nunca me abandones.

—No lo abandonaré, abuelito —y salí casi corriendo.

En la administración estaban reunidos los doctores y ahí entré yo con el cheque. La reunión se acabó y el doctor Soto subió conmigo a dar las gracias al profeta y caminaba como con alas de lo feliz que estaba. Las enfermeras de la huelga se volvieron de la puerta y cada una a su sala.

—Quiero irme a casa —le dije al doctor Soto.

—Te habíamos dado de alta ayer —dijo— pero no vinieron a buscarte. Ya estás sano.

—¿Sano de verdad o convaleciente?

—Sano de verdad. Puedes hacer lo que quieras.

—El señor Rubilar no quiere que lo abandone. ¿Qué haremos con él?

—Trató de escaparse anoche. Me temo que esté trastornado.

—¿Eso quiere decir «cucú»? —le pregunté— porque la verdad es que nos íbamos a ir juntos. Y fue pura mala suerte.

—Ese pobre viejo no tiene a nadie en el mundo. ¿Crees tú que en tu casa lo aceptarían?

Me rasqué la cabeza. Pensaba en la guagua «odiosita», en la mamá confundida, en la Domi rezongona, en el Papá y en Javier. Habría que hacer algo. Si es triste ser «guacho» de chico, es más triste todavía ser »guacho« de viejo. Yo lo llevaría a pescar y le leería los diarios.

—Sería cuestión de hablar con mi mamá —dije—. Yo me encargo.

—En ese caso llamaremos a tu casa para que vengan a buscarte y te traigan ropa. Así pareces un pulpo. —se rió—. Ahora vuélvete a tu cama y espera un rato.

Ese rato fue tremendamente largo. Porque yo pensaba en la confusión de mi mamá cuando supiera del nuevo invitado, en la cara de papá, en la Domi... Y yo hablaba con cada uno mil veces y no podía convencerlos. Y por fin tenía que irme con el profeta qué sé yo adonde. Y ponía mi radio para pensar en otra cosa y dale y dale. Hasta que, al fin se abrió mi puerta y aparecieron mamá y papá en persona con una maleta y venían a buscarme.

Ahora la cuestión era decirles lo del profeta. Yo me sentía igual a ese día que desparramé el tintero en la cama de papá. No sabía cómo empezar y terminar. Entonces le dije:

—Así como a usted le nació una guagua en el hospital, a mí me nació un abuelo. Y hay que llevarlo a vivir con nosotros. ¡Qué bueno, no!

Mi mamá me miró un poco raro y a papá le dio como tos. Mamá me iba vistiendo como si yo fuera un mono y papá le pasaba la ropa sacándola de

la maleta. Yo le pasé mi radio para que me la guardara y mientras tanto le contaba lo de la huelga del hospital y del cheque del señor Rubilar.

—Y hay que ser justo, papá —le dije—. Ahora que él dio toda su plata para salvar de la muerte a los enfermos alguien tiene que cuidar que él no se muera de hambre, ¿no es cierto?

Total que después de hacer mi maleta, mi mamá fue a hacer la del profeta y salimos los cuatro de la clínica: dos en el carro de plata y dos empujándolo. Subimos al cacharro y al pasar por una tienda de autos, al señor Rubilar se le ocurrió cambiarlo por otro nuevo más grande y cómodo. Sacó su cheque, cambiamos las maletas, dejamos ahí el aparato viejo y seguimos viaje a Concón muy felices en la Ranchera modelo Lunik 2000.

VIII

La Lunik que le regaló al papá el profeta tenía un olorcito a nuevo tan rico que yo ni sabía cuál me gustaba más: si el olor del mar, o ese. En todo caso estar «sano» de verdad me daba ganas de cantar. Y el señor Rubilar se hizo tan amigo de mi mamá y mi papá hablando todo el tiempo de gente antigua y andaban como buscando de ser parientes de alguna manera, aunque nunca resultó, así que yo mientras tanto iba haciendo mis planes para pasarlo regio.

Cuando llegamos a la casa la guagua no me conoció y se largó a gritar sin respiración y justo cuando parecía que se iba a reventar, respiraba. Parece que era hambre, porque después que comió se quedó dormida. En todo caso se ve que tiene mala memoria y es de esa gente que no sabe aguantar.

La Domi estaba cariñosa conmigo pero no le cayó bien el profeta y cuando le dijeron que barriera el cuarto donde él iba a dormir se hizo la sorda y mi mamá tuvo que hacer hasta la cama.

Almorzamos sin Javier porque él tenía colegio y apenas se acabó el almuerzo el profeta se quedó dormido en su silla. Dice papá que se emborrachó con el aire porque hacía tanto tiempo que vivía encerrado.

Yo aproveché de salir y ni pensé en pedir permiso porque ahora yo era como otro, y mi mamá me trataba como con etiqueta y se veía tan feliz de verme sano. Y me fui a pescar mar adentro con los Quezada y ni les pregunté a qué hora volveríamos. Y estaba el mar tan bravo y las olas subían tan alto, que el bote no las podía ni seguir y se quedaba arriba y caía en puro aire y resultaba chori. Y los congrios saltaban tan alto que los pillábamos a mano, untada con arena, para que no se resbalaran. Lo pasamos tan flor que ni nos dimos cuenta que se había oscurecido y como estábamos lejos de la playa, era noche de veras cuando llegamos a casa.

Mi mamá me había perdido la etiqueta y papá el respeto y si no me encumbraron fue porque los dos se miraban a cada rato y se frenaban, pero se aprovecharon para prohibirlo todo. Así que después de haberme sentido libre medio día, me volví a sentir entre preso y convaleciente otra vez,

porque a cada rato dale con que estuve a las puertas de la muerte.

Me mandaron a la cama y me dieron sopita. En la cama de al lado roncaba Javier. En el otro cuarto roncaba el profeta y más allá chillaba la guagua y como mis tripas sonaban de hambre, casi no podía dormir con tanto ruido. Por fin, creo que me desmayé y al día siguiente cuando abrí los ojos, Javier ya se había ido al colegio. Mi desayuno tenía una nata del grueso de una toalla y la Domi cantaba a todo pulmón su pregunta de siempre: “¿Dónde estás corazón?”

Y era la hora de almuerzo. No sé por qué todo el mundo estaba tan feliz y debe haber sido como una tincada de la desgracia que iba a suceder. Porque hasta el profeta dijo un chiste y también que por primera vez le resultaron las empanadas a la Domi, porque mamá las compró hechas.

Lo que pasó fue que estábamos almorzando, cuando llegó un señor conocido y quería hablar con mi papá y con el señor Rubilar. Y era el de la Lunik 2000 nueva y pasaba una cuestión muy tremenda. Porque parece que el señor Rubilar se había desfondado y no tenía fondo y una cuestión del banco y el cheque y total de que el señor se llevó el auto nuevo y nos quedamos sin ni siquiera el cacharro viejo sino que simplemente a pie.

Y cuando se fue el caballero con la flamante Lunik 2000 de nosotros, al profeta le dio como un ataque y se fue poniendo amarillo y amarillo y lo único que decía es que «esto no me había pasado nunca» y también «me muero pero tengo acciones para responder» y nadie entendía nada.

Total que se lo llevaron a la clínica en la ambulancia y parece que está muy grave. En la tarde fuimos a verlo a la clínica y el doctor Soto dijo que estaba mal y no lo podíamos ver, así que nos volvimos en micro a casa. Y parece que la cuestión del fondo del Banco es una tontería y el pobre profeta tan amarillo por tan poca cosa. Y tiene que estar en la clínica una semana sin hablar con nadie.

IX

Resulta que yo no me acostumbro sin mi apéndice y siento todo el tiempo el hoyo donde él estaba. Y también me da rabia cuando me viene a ver el Casi que tiene el apéndice mío mientras yo tengo su hoyo. Y además es de esos tipos que andan todo el tiempo acezando y traspirando con hartor olor de pasarlo bien y ahora que está aquí el famoso papá de Osorno viene a tirarse pinta a cada rato con las cosas que come y de los paseítos que se pegan los dos. Porque la famosa bicicleta no me sirve de nada con el cuento de que tengo que cuidarme ocho días más, enteros, la famosa herida. Y yo digo, ¿qué hace uno ocho días enteros sin andar en bicicleta nueva cuando sabe que la tiene ahí? Lo único bueno de estar operado es que no me mandan y lo peor de todo es la famosa compasión: ¡Pobrecito! Qué chasco tan pesado el tuyo — dicen las amigas de mi mamá y aunque no quiera se me salen las lágrimas. Por eso me revientan todas.

También mi mamá se ha puesto bastante rara con la famosa guagua. Yo ni sé lo que haría sin mí, porque está más evaporada que nunca y se le olvida todo lo que va a decir y hasta los nombres de nosotros. Parece que Javier encontró polola otra vez y se siente colosal. Mi mamá dice que Javier está Adolescente porque tiene catorce años completamente cumplidos y que por eso hay que aguantarle muchas cosas. Ojalá que se le pase luego, porque todo se vuelve discusiones de él con papá y con mamá. Y la polola es una tal Verónica y a la mamá dale con preguntarle el apellido a Javier.



La guagua lo pasa crujendo o chillando como gato y la Domi anda de hartos mal genio.

Estaba escribiendo mi diario cuando de repente apareció el doctor a verme y me dijo:

—¡Hombre, una equivocación es una equivocación y quiero hacerme perdonar por ella! —y me pasó un paquete, chiquitito.

Yo pensé que sería mi apéndice, porque me hace tanta falta y siempre lo quería tener, así que me alegré y hasta me puse colorado de ver que él adivinaba mi pensamiento. Y cuando él se fue abrí el paquete con mucho cuidado. Y resultó que era un reloj. Y ya veo que a mi mamá se le ocurre guardármelo para cuando sea grande así que voy a tener que esconderlo.

Resulta que se perdió la Domi.

Salió antes de anteayer que le tocaba salida y no volvió nunca jamás. Mi mamá se enfureció un poco al principio y «bla bla bla», todo el día, pero después se puso asustada y mandó a papá a averiguar por ahí. Y por fin, entró a su cuarto y lo encontró ¡PELADO! La Domi se había ido llevando todas sus cosas, hasta el retrato de Lucho Gatica que yo le había dado.

Entonces se armó la confusión porque la guagua gritando, la olla a presión reventada con los tallarines en el techo, Javier rabiando y rabiando ponía los platos y me echaba tallas de que yo era inválido, y las camas todas sin hacer. Hasta que mi papá se fue a Viña con cara de mártir y volvió con una empleada supermarket de autoservicio.

La nueva empleada se llama Grace Kelly vamos a hacer y es repintosa, inteligente y muy señorita. Más señorita que mi mamá y más elegante. Yo

no le puedo pedir nada sino que le ofrezco de todo porque ella encuentra que a nosotros nos faltan muchas cosas y también encuentra que mi mamá es muy desordenada y sin disciplina. Y dice que la guagua debería comer a sus horas y nosotros a la inglesa y mi papá en su oficina. Y a cada rato dice que ella no está acostumbrada a esta clase de casa y para que no se vaya nosotros con Javier lavamos los platos y la mamá la deja que la rete no más. Se ha puesto tan humilde con la Grace que le dijo que le encargara a papá todo lo que necesitaba y mi papá tuvo que traer un hombre con los paquetes porque eran como mil. Muchas ollas y tarros de conservas y cremas de comida y para la cara y guantes de goma para las manos. Y todo anda perfecto desde que llegó la Grace porque hasta la guagua usa Confort en vez de pañales, y nos levantamos tempranito a arreglar los cuartos y Javier barre y mi papá hace las compras.

Hoy salimos de picnic hasta con la guagua a pasar el día en la playa. Porque mi papá quería tomar vacaciones y la mamá ídem. Resulta que los dos están hasta la coronilla con la famosa Grace y papá dice que nos tiene dominados a todos y que no hay ningún alivio en la casa. Y todo el picnic entero no hicieron más que hablar y hablar de la Grace y pensar de qué manera podían conseguir que ella se fuera, sin echarla.

Y no se les ocurría ninguna cosa así que les propuse que hiciéramos algún incendio y Javier propuso que le robáramos su ropa de nylon. Pero mi mamá propuso que la tratáramos de alto abajo, es decir, que en lugar de hacer lo que ella dice, le dijéramos lo que ella tenía que hacer. Y papá se puso de acuerdo con ella y volvimos felices a la casa pensando en que así se iría volando. Pero pasó al revés.

Porque en la casa había un bailoteo fenómeno y la radio tocaba a grito pelado y era la fiesta más animada con *ula ula* y *rock and roll* y *jidibugy* qué sé yo. Y toda era gente conocida porque estaban los de la cajetilla, y las de la verdulería y la carnicería y el zapatero y la gente más alegre.

Pero mi mamá se puso verde de rabia y mi papá como que no estaba bien seguro si ponerse furioso o soltar la risa y así la fiesta se vino abajo como un desmorono y la casa quedó pelada y la radio siguió tocando sola. Y lo peor de todo fue que no quedaba ni un solo tarro de conserva de los que trajo mi papá y nada de comer. Y la única que tenía su alimento, que era la guagua, era la que más chillaba. Así que el día fue un verdadero fracaso porque tuvimos que acostarnos sin comer y también con la Grace

enojada con llave en su cuarto y ni siquiera dijo que se iba.

La Grace amaneció con jaqueca y tuvimos que llamar al doctor de la refinería porque se moría y se moría. Y mientras se moría había una gran confusión en la casa, hasta que llegó el doc y dijo que era pura esteria y con dos palmadas en la cara quedó lista. Y de repente me acordé de mi reloj y fui a buscarlo y había desaparecido.

Yo no se lo podía decir a mi mamá porque ella iba a salir con su eterno: «Eso te pasa por no dármele a guardar a mí, etc.» Y no entiende que una cosa guardada es igual que una cosa perdida porque no sirve para nada.

En fin, que después del almuerzo todo el mundo se acostó a dormir la siesta para acortar el día. Y resultó igual que otro día más.

Parece que en la cuestión del bailoteo de ayer no tuvo ninguna culpa la Grace, porque se trataba de un «malón». Y un «malón» es una cosa como un asalto o salteo y la gente amiga llega a la casa de uno sin preguntar y arma la fiesta con comida y todo.

También papá y mamá amanecieron con jaqueca y decidieron perdonar a la Grace porque ella se levantó tempranito y enceró la casa y les dio un rico desayuno. La gente grande es así; siempre cambia de idea en la mañana.

Pero lo único malo de todo esto es que no puedo encontrar el reloj que me regaló el doctor y ni puedo decir que se perdió porque nadie sabe que lo tenía. Desrellené entera mi almohada y la de Javier y no está, y voy a tener que desrellenar todas las almohadas de la casa hasta que lo encuentre porque en el malón de la Grace se confundieron todas las cosas de esta casa y también se me olvidó dónde escondí mi reloj.

X

Resulta que va a pasar una desgracia tremenda y no se puede decir y es bastante terrible estar esperándola y ver que nadie sospecha nada.

Anoche, cuando yo le estaba secando los platos a la Grace, ella me contó que cuando iba a suceder una desgracia en una casa siempre había mucha alegría y entonces en la noche se sentía llegar un coche. Es un coche negro, tirado por un solo caballo sin cochero. Cuando llega este coche a una casa, se oye el trote de su caballo que viene desde lejos y a medida que se acerca uno se pone nervioso porque no está seguro si se va a detener en la puerta de su casa o en la de al lado. Y en la casa donde se detiene, ¡zas! sucede la desgracia.

Y anoche, cuando me fui a acostar después que todos dormían, sentí el trote del caballo negro, que venía desde muy lejos. Y a medida que se acercaba iba agarrando galope, como si lo apuraran y su caballo negro piafaba impaciente.

Yo me tapé la cabeza con la ropa para no oírlo y rezaba porque siguiera de largo al pasar por la casa. Y se venía acercando y acercando, cada vez más.

No podía dormir con el galope del caballo del coche fantasma que parecía metido dentro de mi propia casa y se me confundía con el galope de mi propio corazón. Hasta que, por fin, me puse a pensar en que si estaba en la puerta de mi casa era bueno saber cuáles desgracias nos podrían pasar. Y pensaba que la peor de todas sería que nos muriéramos todos carbonizados, pero tampoco importaría mucho porque cuando se mueren todos no queda nadie para que le importe.

Y en eso estaba pensando cuando decidí ser valiente y levantarme de una vez. Y me asomé a la ventana.

Había luz de luna de esa celeste con sombras negras y la del coche fantasma con su caballo gigante estaba en la propia puerta de nosotros. Era muy inmensa, tan inmensa que apenas se podía saber lo que era, y se movía para acá y para allá. Su caballo piafaba y relinchaba con las patas

levantadas al aire como si fueran alas y daba como terror. Yo miraba a la casa de enfrente que estaría tan aliviada de ver que el coche maldito se había detenido frente a nuestra puerta y no a la suya. Pensaba en la Grace que si no se hubiera dormido con mi radio en la oreja, lo estaría sintiendo como yo. Pensaba en mi papá que se lo pasaba haciendo proyectos de cosas, en mi mamá que siempre está imaginándose tragedias de nosotros y de la guagua, en Javier que cree que la Verónica le da bola, en mi reloj perdido.



Y de repente, allá lejos, vi el incendio de la refinería, ese incendio que arde todas las noches y da un olor de sopa de rancho.

Y no sé cómo, ni cuándo, pero esta mañana desperté en la cama de mi mamá y junto con despertar, ¡zas! me acordé del coche y su caballo fantasma y la famosa desgracia.

Es raro, pero de día me daban ganas de ver al caballo alado con su coche negro y sin cochero, porque las desgracias de día no resultan.

Y por fin me vestí, salí con mi papá a su trabajo muy feliz, y cuando llegamos a almorzar supimos que la Grace se había ido porque se le murió una tía por telegrama. ¡Y esa era la famosa desgracia que llegó en el coche fantasma!

XI

A mí me revienta cuando mi papá me trata de «usted» y peor todavía cuando me dice «tengo que hablarle», ¡como si alguien lo obligara!

A uno le da por hurguetearse adentro para saber qué cosas malas ha hecho y por qué lo andan tratando como con respeto. Y uno trata de pensar en otra cosa y de hacer servicios a todo el mundo y sigue pensando en lo mismo y en lo ídem.

Y esta mañana mi papá me saludó con esa amenaza y todo el día me tuvo embromado y no pude hacer más que cosas buenas esperando el reto. Y ya en la tarde estaba cansado de esperar y de hacer mandados y servicios y tenía ganas de que me retaran de una vez.

Pero se acabó el día y ¡nada! Parece que al papá se le olvidó. Y no se dan cuenta lo que cansa estar todo el tiempo adivinando lo que quieren ellos y tratar de quererlo uno, y hacerlo por fin, aunque no lo quiera.

Total que estoy completamente decidido a no casarme jamás. Las mujeres y los hombres no se avienen: ellas hablan de empleadas, de ollas y de vestidos y nosotros de negocios y de inventos. Y nadie oye a nadie.

A mi mamá le ha dado ahora con que la Domi era macanuda y quiere que vuelva, después que no hacía más que criticarla. Y mi papá no quiere porque dice que no nos tiene respeto. Y él habla de la refinería y su «producción» y mi mamá le dice:

—Eso no interesa— y vuelta a hablar de la Domi.

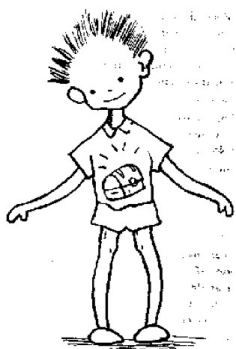
Y uno ni puede decir sus ideas porque no le dan hueco. Y total que uno ni tiene la culpa de que pase lo que pasó, porque si no puede preguntarle a nadie, tiene que contestarse solo.

Hoy era domingo, y el cura dijo en la misa que en cada hombre hay un tesoro escondido. No sé dónde estará el de mi papá, pero ya sería bueno que lo encontrara, porque a veces hace falta. Y con esta idea del señor cura y la otra de que me iban a retar, se me pasó el día haciendo servicios, pensando en «ser útil» y preocupado de encontrar el tesoro de Javier y el mío que debe ser todavía un poco chico.

Era tanto lo que había trabajado recogiendo los diarios, lavando los

platos, zamarreando a la guagua y lustrando zapatos, que a ratos me confundía y guardé los zapatos en el aparador con las tazas y los diarios en la cuna y lustré con unto las ollas. Y todo porque estaba pensando en mi tesoro y me daba miedo que se perdiera mientras yo hacía de empleada.

Así que cuando se me fue metiendo la idea de que sería bueno aprovechar el gas de la refinería y hacer un cohete chileno para ir a Marte, me di cuenta que era como un mandato. Porque era una idea muy económica la de aprovechar lo que se pierde. Y yo quería preguntarle a mi papá y decirle que lo hiciéramos juntos, pero él dale que dale tratando de hablar inglés con el gringo técnico. Y lo único que le resultaba era reírse en inglés. Porque se veía que no entendían nada.



Y antes de cumplir «el mandato» que yo sentía en mi «adentro» como el tesoro de que habló el señor cura, traté también de consultar al gringo técnico. Y le dije:

—Oiga, mister, ¿por qué no hace una cosa útil?

Pero él se rió y dijo:

—¡No comprender!

Entonces lo acompañé a la refinería a dar su vuelta y cuando se hizo noche, le mostré la luna.

Y tampoco me entendió. Hasta que me vino la desesperación de que fuera tan idiota y me fui con violencia.

Iba caminando, cuando me topé con el propio Casi. Con razón dicen que el culpable siempre vuelve al lugar de su crimen, y Casi vuelve y vuelve y seguramente volverá mientras tenga mi apéndice. También parece que su papá quiere hacer negocios con el mío.

Total que entramos a la petrolera y le fui explicando al Casi mi idea. Y él también está interesado de irse a Marte conmigo porque si no tal vez lo van a operar de mi apéndice y no quiere. Porque la única manera de vivir en paz es partir. Y hasta en la refinería le preguntan a uno todo el tiempo a quién anda buscando o qué quiere. Por eso resulta que para poder conversar tranquilos nos fuimos al cementerio.

—¿Le tienes miedo a los muertos? —le pregunté al Casi.

—Cuando están enterrados, no —me contestó el Casi con voz gruesa.

Ya era de noche, pero la tremenda luna era como un sol azul en la oscuridad y las tumbas se veían muy bien con sus crucecitas blancas un poquito chuecas y nada más. Así que nos sentamos en un rincón para planear nuestro viaje.

—Es fácil hacer el cohete —le dije al Casi—. No cuesta ni plata. En la casa tenemos gas licuado y hay siempre un balón vacío. En ése nos metemos los dos y sin ropa, y creo que cabemos. El otro, el con gas, se lo ajustamos bien al que nos va a llevar a nosotros, y cuando esté listo, nos disparamos.

—¿Y cómo nos disparamos?

—Con una honda gigante y a presión.

—¿A presión de qué?

—Eres un idiota. A presión de gas —le dije.

—El idiota eres tú, porque si fuera a presión de gas el balón se dispararía solo.

—Oye —le dije con rabia—, ¿tú quieres que resulte o te da miedo? Porque lo único que haces es poner tropezones.

—Es que en mi casa hubo un incendio cuando yo dejé abierta la válvula esa... Y si la cosa estalla debe de ser el fin del mundo.

—¡Ya me liquidaste mi plan! Ahora voy a tener que inventar otro sistema para ir a Marte. Pero cuando lo tenga no te voy a convidar a ti. Iré solo. —Y el Casi se picó y se fue del cementerio.

Y yo me quedé perpetuo, sin ganas de volver a casa a lavar ollas, sin mi invento del cohete y sin Casi.

XII

Justo ahora que volvió la Domi se enfermó todo el mundo.

Ya estamos en el tiempo de la gripe, otra vez. Igual que el año pasado, después del trompo, la gripe. Casi nadie va al colegio y los que no están en cama tienen que hacer de enfermeros.

Lo que pasa es que unos se agripan de veras y otros se hacen los griposos. Por ejemplo, aquí están mal papá, mamá y la Domi y Javier se hace el enfermo, todo para obligarme a mí a estar sano, porque alguien tiene que atender la puerta, buscar las aspirinas, las limonadas, el termómetro y zangolotear la guagua. Ese alguien soy YO.

Mi mamá quiere dormir y manda que le cierre el postigo impermitidor de luz. Entonces mi papá quiere leer y enciende luz. Mamá se tapa la cabeza y tose hasta reventar. Entonces la guagua se despierta y papá me llama para que se la pase y la zangolotea y le canta hasta que vomita. Entonces me piden pañales, sábanas, lavatorio, colonia, jabón y termómetro. Todo a un tiempo. Y hay que ver lo que cuesta encontrar todo eso en ese cuarto donde ya ni puedo entrar de tantos pañales, polvos de talco, vasos sucios, cáscaras de limón y desparramos de azúcar.

Entretanto, Javier anuncia que se va a levantar porque yo no soy capaz de pasarle el atornillador, la escopeta, el matamoscas, la plancha y el cajón de tornillos. Mi mamá dormida me reta por mal hermano y mi papá pide que le traiga a él un alicates, alambre, cinta aisladora, etc., para componer la luz del velador. Mi mamá dice que es más urgente la plancha para secar pañales.

—Siempre estás de parte de cualquiera que no sea yo —dice el papá muy sentido.

—Es que la luz no es necesaria durante el día —dice mi mamá.

—Es necesaria si oscureces el cuarto —alega mi papá.

—Lo hacía para dormir un poco —dice mi mamá sintiéndose mártir y sin acordarse de mí que me paseo con la guagua buscando la lista de cosas que piden ellos.

—Lindo, ¿has visto hoy a la Domi? —pregunta mi mamá.

En realidad, no me acuerdo ya cuántos días hace que no la veo y bien puede haberse muerto, porque ahora que me acuerdo, cuando pasé frente a su pieza sentí un poco de olor a ídem.

—Llévale una aspirina —dice mi mamá con su famoso buen corazón para todos menos para conmigo.

Y comienzo a buscar la aspirina por todas partes. No está ni en la cómoda, ni en la mesa de noche, ni en el baño, ni en la cocina. Está dentro de una zapatilla del papá. ¿Cómo se metió ahí? Y se la llevo a la Domi.

—¿Quieres una aspirina? —le pregunto a ese pelotón que se amontona en su cama sin cabeza. Y ni contesta.

—Domi, ¿cómo te sientes? —le doy un sacudón para saber si está viva.

Y se oye una vocecita como de guagua:

—Mal, muy mal, me duelo el cuerpo...

—¿Por qué hablas así?

—Es la enfermedad... —dice con esa maldita voz de otra.

—Te traigo una aspirina —le digo—. Todos están muy mal, pero pueden hablar. Trata de no morirte —le digo con rabia. Ella saca una mano brillante y se traga la aspirina con papel y todo. Luego desaparece en el mismo pelotón de ropa. Afuera me están llamando a coro Javier y mamá.

—Lindo, tráeme una muda SECA —dice ella, y Javier:

—¿Vas a darme el destornillador?

—Lo tiene ocupado el papá —le digo a mamá, y a Javier:

—No hay mudas secas. Están todas mojadas...

Total que uno ni sabe a quién le habla ni por dónde comenzar, porque mi papá está pidiendo los tapones y que abran el postigo porque se quemó el circuito y mi mamá se lamenta que la guagua también se va a enfermar si no traigo pañales secos.

¡Podían haber tapones para guaguas también!

—Anda, hijo, al tablero, y cambia estos tapones —me explica mi papá. Y mi mamá dale que dale con los pañales secos.

Voy a cambiar los tapones, y después no hay ni una luz que encienda. Y todo se vuelve estrellones en la oscuridad y la única vela que había se perdió para siempre.

Por suerte que la Domi estaba leyendo el Séptimo de Línea, en una página en que no se podía dejar, así que cuando se apagaron las luces se levantó y arregló los tapones para poder seguir leyendo.

XIII

Mi papá tenía influenza ayer y parecía que se moría; hoy amaneció mejor él y mi mamá un poco grave. Papá dale que dale con remendarlo todo; entre martillando, lijando, silbando y mandándome a mí le dio tanta jaqueca a mi mamá que yo me compadecí y le dije que le iba a cuidar la guagua.

Porque la Domi sigue mal y parece que no se mejora antes de que termine de leer el Séptimo de Línea, y se demora dos horas en cada página. Así que tiene lo menos para un año de enfermedad.

Bueno, yo me llevé a la criatura al jardín para educarla, porque aquí nadie se preocupa y le dan gusto en todo. Y va a ser una mujer insoportable de mal enseñada y yo ya veo lo que nos va a decir el cuñado, o sea su marido, cuando se dé cuenta.

Por eso la dejé sola, allá bien lejos, que se desaguara y se desgritara y lo malo fue que me olvidé de ella. Porque estaba tan lejos que ni se oía y como mi mamá se había quedado dormida, se nos pasó la hora. Total que, cuando era de noche, mi mamá se despertó y me preguntó:



—¿Se ha portado bien tu hermanita? En realidad, no la he sentido llorar.

Ahora puedes traérmela porque he descansado y ya no tengo fiebre.

Yo sentí como un golpe de confusión de cabeza: no me acordaba, palabra, de la Jimena del Carmen. Salí corriendo a buscarla y por suerte estaba donde la había dejado y durmiendo como una bendita. Se la llevé a la mamá y se la puse en sus manos tal cualita.

—Eres el mejor de los hijos. —dijo mi mamá con voz de sabiduría. — Haberte sacrificado toda una tarde en cuidar a tu hermanita para que descanse tu madre...

—No fue mucho sacrificio —le iba a explicar, cuando, ¡zas! suelta un grito y por poco tira lejos la guagua.

—¡Una lagartija! ¡Una lagartija! —gritaba como si hubiera visto un león. Papá paró de silbar esa ópera que está silbando desde esta mañana y con el alicates pescó la lagartija de la cola.

—¡Es preciosa! —clamaba—. Tráeme un frasco de alcohol para guardarla.

Fui a buscar el genial frasco y entre los dos la metimos en él. Se veía más grande, más verde, más asustada. Y se petrificó adentro. Mi mamá preguntaba dónde había tenido yo a la guagua para que tuviera lagartija, pero ni se oía porque papá cantaba su ópera mucho más fuerte ahora.

—Podríamos hacer un Museo —le proponía yo al papá al verlo tan contento con su lagartija—. Yo te puedo pillar toda clase de animales y vamos formando la colección.

En ese momento a mi mamá se le ocurrió que le pasara el alcohol para desinfectar no sé qué cosa, y el alcohol estaba todo ocupado por la lagartija, así que le di parafina. Y estaba muy feliz usándola, cuando no sé qué le pasó y de repente se le descompone el genio y toda nerviosa se baja de la cama y empieza a revolverla y revolverla y le da contra la Domi y el desorden y la influenza y el abuso y qué sé yo. Total, que entra al cuarto de la Domi y cuando la ve fumando y leyendo en la ventana, le da la pataleta contra ella y le manda un discurso. La Domi todo lo aguanta menos los discursos, porque ni los entiende y sabe que son con mala intención, así que se indignó. Y parece que indignarse es lo peor que hay. Total, que nadie entendía a nadie ni oíamos al papá que me llamaba a gritos porque le había encontrado otra lagartija a la guagua y necesitaba más alcohol.

La Domi se puso el delantal y llorando a chorros empezó a recoger las cosas del suelo, a fregar ollas y a armar comida. Tenía un hipo de pena y decía todo el tiempo algo de que ni tenía derecho de enfermarse siquiera y yo vi que caían sus lágrimas al caldo, pero como se le olvidó echarle sal eso lo dejó sabroso. Mi mamá se volvió a su cama y se empezó a preocupar de que la famosa guagua no lloraba. Pero fue inútil, no lloró nunca más porque ya estaba educada. Y cuando la Domi entró al cuarto con la comida, a mi mamá le dio tanto amor con la Domi que le regaló su vestido verde y

la Domi paró al momento de hipar.

Lo divertido fue que su último hipo se confundió con uno gigante que pareció salir de ella, pero resultó ser una bocina estrepitosa.

Mi papa se enfureció contra el que la tocaba, la guagua se despertó indignada y la Domi se taimó porque creyó que alguien hacía burla de su hipo.

Entretanto, seguía sonando la bocina. Papá estaba hecho una verdadera furia y Javier, que decía estar tan grave, se apareció en el cuarto, todo atorado.

—¡Haz callar a ese im - per - ti - nen - te! —aullaba el papá.

—Es un país de salvajes —decía mi mamá tapándole los oídos a la Jimena—. ¡Cómo se permite semejante insolencia!

—¡Es nuestra Lunik! —gritaba Javier—. Yo conozco su bocina. ¡No hay otra igual! Es la que nos regaló el vejete Rubilar.

—¿Qué estás diciendo? —En un momento mi papá estaba de zapatos y sobretodo—. Por lo demás no tienes derecho a llamar vejete a nuestro amigo Rubilar. —y salió corriendo a la calle seguido de todos.

Y tal como decía «el Adolescente» ahí estaba la Lunik nuestra, más linda y brillante que nunca y el atropellador que se la había llevado.

—Usted perdone, señor cliente —le decía a mi papá lleno de reverencias—. Fue todo un malentendido del contador de la oficina. Le debemos una explicación por haberle retirado su coche, y vengo a ofrecerle mis excusas.

—Me alegro, me alegro —es todo lo que decía mi papá y de puro contento convidó al señor de las excusas y lo fue a dejar hasta el mismo Viña.

Y lo hizo todo tan rápido, que mi mamá ni se alcanzó a dar cuenta de lo que pasaba y cuando por fin los vio entrar a papá y a Javier en pijama, preguntó:

—¿Qué hacen ustedes levantados? ¿Quieren tener una recaída? ¡A la cama!

Mi papá obedeció al momento, pero el tontón de Javier empezó con sus leseras:

—Papá, ahora que tenemos auto otra vez me vas a dejar manejar.

—¿Crees tú que voy a destrozar un coche flamante? ¡Ni pensarlo!

—Papá, yo ya no soy un niño. Debes tratarme de otro modo... —hablaba con esa voz de bajo que le sale a veces, pero en lo mejor le sonaba

un gallo tremendo. Yo lo miraba tanto más grande que yo y con ese bigote de vieja que le quiere salir y no se le atreve, y ese cuesco en el cogote que le sube y le baja y esas espinillas rosadas en la nariz y esas mil cositas negras entre medio. ¡Pobre Javier! En realidad con esa cara no deberían tratarlo como a un niño, pero el pobre ¡es tan farsante!

—Papá, para que sepas, hace dos años que manejo —decía en varias voces—. Conozco el motor del auto como un cirujano y sé muy bien lo que hago.

—¡A la cama! —decía mi mamá—. Cuando te mejores, hablaremos.

—No puedo soportar que se me trate como una guagua, mamá. Usted no sabe lo que yo siento en mi interior cuando me da esas órdenes sin sentido.

—¿Qué te has figurado? —papá se volvía a indignar—. A tu madre no le hablas así.

Javier se puso a hacer pucheros y su cuesco del cogote le subía y le bajaba a cien por hora. Quería hablar y le salían voces de tiple y de bajo:

—Yo no puedo respetar a mi mamá si ella no me respeta a mí —decía sonándose con la manga del pijama—. Ustedes no saben cuánto sufre uno.

A mí me daba pena de su cuesco, de sus espinillas, de su amor que dicen se sufre tanto, de sus gallos tan cómicos cuando él estaba trágico. Y me acordaba que cuando no está mi papá, él se prueba sus trajes y sus corbatas y hace que la Domi le diga «don» Debe ser tremendo que uno se estime y los demás no. Y mientras lo retaban, yo pensaba que le iba a preguntar al profeta si el regalo del auto era para mi papá o para mí, y si era para mí yo le iba a dar permiso para manejarlo, y en esto estaba pensando, cuando...

XIV

Sonó el teléfono y era un llamado de Viña.

—¡Aló! —dijo la Domi, y se quedó perpetua. Pero en su cara se veía que alguien le estaba llamando la atención.

—¿Quién llamaba? —preguntó papá cuando ella colgó el fono.

—No entendí mucho. Dijo la señorita que era un llamado urgente desde Valparaíso, pero se había retirado la persona.

En ese momento volvió a sonar y lo iba a tomar yo, cuando llegó Javier al ídem y el aparato se vino al suelo y se desintegró. Porque hay que ver lo antiguo que era el pobre. Lo menos tenía cien años. Y mientras tratábamos de armarlo, llegó un papelito de la telefonista que decía:

—Hay un llamado urgente del hospital de Valparaíso. El doctor Soto insiste en que venga alguien a recibir el recado. Ruego contestar.

Y empezó la discusión sobre quién iba y de que todos estaban enfermos y de que para qué llamaría el Dr. Soto y de que yo era un niño y no podía ir de noche a recibir un recado y de que esto y de que lo otro. Y total, que papá, por fin, se decidió a que yo fuera, y fui.

Antes, cuando yo era chico, le tenía miedo a la oscuridad paternal en la noche. Y resulta que ahora me pasa lo contrario: me da una cosa, que me agranda por dentro y se me pone duro el espinazo y me da fuerza en las piernas. Uno es como dueño de la naturaleza y del misterio y mientras más fuerte silba, más macanudo le sale el silbido.

Todo Concón dormía. Los pájaros se embutían en sus lechos. No había más que yo y los faroles en toda la calle larga, y me acordaba de Adán tan solo como yo y me sentía más hombre y con puños de fierro. Porque cuando uno es el único ser despierto en la tierra, es como su dueño y puede hacerlo todo. Yo me sentía crecer, me veía crecer, porque si no, ¿a qué hora se crece? (y uno lo nota en la sombra) cuando de repente veo al lado de mi sombra, otra más grande.



Las dos sombras caminaban juntas. ¿De quién sería esa sombra? La gente que trabaja duerme a esa hora, los pescadores, los conocidos, ídem y a Adán le hubiera pasado lo mismo que a mí. Me puse «alerta», pero seguí caminando mientras pensaba cómo me iba a defender del ataque. El dueño de la otra sombra debía venir muy cerca, porque los pies se juntaban con los míos y el ruido de sus pasos no se oía. A ratos las dos sombras se volvían una sola y poco a poco dos. Era como un fantasma y no me atrevía a volver la cabeza. Sólo miraba el suelo... y allá lejos la casita de la telefonista.

Faltaban como veinte pasos y yo quise correr, pero en ese momento apareció otra sombra más. Dos contra uno ya era un poco mucho. ¿Qué habría hecho Adán en mi caso? Quise rezar y se me enredaba todo. Quería pedirle ayuda a alguna ánima conocida, pero no conocía a ningún muerto. Mala suerte ser puros vivos en una casa; uno debe tener su ánima pariente.

—¡Dios mío, que no se salgan del purgatorio esas pícaras! —recé—.

Cada uno en su lugar y el que debe pagar, que pague. —y apenas dije esto se desaparecieron las sombras malignas y hasta la mía también.

La puerta del teléfono estaba abierta y aunque apenas podía doblar las coyunturas, entré.

—¡Papelucho, a estas horas! —me dijo la señorita Eliana—. ¿Lo han mandado a usted por el recado? Es cierto que están todos agripados allá y con el teléfono descompuesto. Ahora le comunico.

Metía y sacaba pitutos, marcaba y marcaba diciendo con su voz suave: Concón... Concón... hasta que al fin alguien le contestó porque puso cara de «escucha» y después de dos cuartos de hora dijo «bien», y se sacó las orejeras.

—Avisan del hospital de Valparaíso que murió el señor Adalberto

Rubilar hoy a las 8. Que esperan de su papá las órdenes pertinentes. ¿Es alguien de su familia?

—Sí y no —ni supe lo que decía. ¡El profeta muerto! Era entonces su alma la que me acompañaba. Y yo que le pedí a Dios que lo devolviera al Purgatorio. ¡Qué pensaría de mí, mi mejor amigo! Y yo que le había prometido acompañarlo siempre. A lo mejor por eso se había muerto. De pura soledad... —me dije con voz áspera.

—Papelucho, perdón por darle así la noticia. No pensé que usted lo quería tanto. Nunca oí hablar de ese señor. ¿Estaba enfermo hace tiempo?

La señorita Eliana me dio agua, pero yo seguía pensando en el pobre profeta ardiendo en el Purgatorio por culpa mía.

—Lo acompañaré a su casa y dejo encargado el teléfono —dijo ella amarrándose un pañuelo en la cabeza—. Vamos que se hace tarde.

Salimos a la noche. Yo tenía congoja y otra cosa rara y rezaba confundido por el alma amiga, cuando de repente veo que ella nos acompaña otra vez. Fue un gusto tremendo saber que Dios me había oído y la había soltado de nuevo. Caminaba adelante de nosotros, junto con otras sombras de alma... y se veía muy feliz. Yo miraba con fijeza a mi alrededor.

La señorita Eliana me dejó cerca de la casa y yo me fui corriendo mirando hacia adelante.

—Papá, era para avisar que se murió el profeta —le dije con violencia —.

Pero esta muy contento...

—¿Quién está contento?

—El profeta.

—Explícate. Repite palabra por palabra el recado.

—Espere un poco... —(Creen que uno tiene grabadora en la cabeza) Y empecé a tratar de recordar. ¡Nada! Sólo la cuestión alma y sombras.

Cuando de repente, me viene clarito:

—Avisaron del hospital de Valparaíso que murió el señor Adalberto Rubilar hoy a las ocho y que esperan que usted dé órdenes impertinentes —dije de un vuelo y sin resuello antes que me contradijere persona alguna.

—¿Murió el pobre viejo? —dijo mi papá con voz de sabiduría—. ¿Y por qué me avisan a mí? ¿Y por qué he de dar yo las órdenes?

—¿Y a quién quiere usted que le avisasen si él no tiene a nadie en el mundo más que a mí?

—¿A ti?

La cara de mi papá era bien rara. Como de injerto.

—Bien —dijo después de un rato—. No hay que hacerse ilusiones. Ahora a dormir y mañana veremos todo eso... —y paró para dar un bostezo.

—Recemos un Padrenuestro por el señor Rubilar —dijo mi mamá y empezamos a rezarlo y yo ni supe más. Parece que me quedé perpetuamente dormido encima de su cama y amanecí tapado con la bata del papá.

XV

Cuando llegamos a la clínica en nuestra regia Lunik, papá me dejó cuidándola y se bajó solo a hablar con el Dr. Soto.

Me parece que se demoró demasiado, porque yo ya había pensado todo lo que tenía que pensar, había rezado todo lo que se puede rezar por un amigo muerto y había esperado todo lo que se puede esperar sentado en un auto aunque sea Lunik 2000. Había mirado todo con los puros ojos y sin tocar nada, había adivinado como se van haciendo los contactos y los motores y una sola cuestioncita no la entendía bien.

Y apenas la toqué con violencia, echó a andar el motor con ruido de satélite y mientras más yo le apretaba botones, más ruidos interplanetarios. Al principio me asusté, y eso fue lo malo porque con el susto apreté y tiré de todos los botoncitos. Entonces me di cuenta que le subía la presión, igual que los Jet, parecía un auto a chorro, listo para elevarse o reventar. Era o una fatalidad o una gran suerte, porque a lo mejor el auto y yo nos elevábamos, y cerrando bien los vidrios tal vez nos desprenderíamos de la tierra. La cuestión era que le subiera más el impulso para que se elevara directo, o sea derechito hacia arriba, porque si no era seguro que nos estrellaríamos con los techos de la clínica.

Por si acaso, apreté otro botón más (uno medio escondido), en la esperanza de la elevación o del silencio y pasó un ruido catastrófico, un calor de los supersónicos y una explosión verdaderamente esquizofónica.

En ese momento llegó mi papá con el Dr. Soto; por suerte sonaban las sirenas de incendio y ni oyó lo del auto.

—Bájate un momento, Papelucho, a rezar un Padrenuestro por tu amigo.

Me bajé. La Capilla era de esas raras, y daba no sé qué pensar que en ese cajón largo estaba metido el profeta muerto desconsoladamente. ¿Estaría en el Limbo su alma? Le recé un Padrenuestro y me acordé de su historia y que se habría encontrado con el Chuzo en otros mundos. A lo mejor en la luna, porque me tinca que el limbo está en la luna. ¿Qué hacer para ayudarlos a entrar al cielo? Porque se veía que esos dos no sabían nada

de nada ni serían siquiera bautizados.

—Mañana habrá misa aquí —dijo mi papá—. Después será el entierro. He dispuesto en tu nombre todas las cosas.

—¿En mi nombre? ¿Por qué en mi nombre? —pregunté.

—Porque tú eres su heredero.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Eres dueño de sus bienes —dijo mi papá y se miró los pies con lentitud.

—Eso quiere decir que sus bienes son míos —razoné yo sin entender mucho.

—Exactamente.

—Entonces el profeta no tiene bienes, y tiene puros males. Eso no es justo. No quiero sus bienes, pobre abuelo. Le harán falta.

—Ya no le hacen falta —dijo mi papá con cara de evaporado.

—A mí tampoco. Cada uno con lo suyo. Yo con mis bienes y mis males y él con los suyos.

—Escucha, Papelucho, sus bienes son las cosas que él tenía. Como era solo te los dejó de recuerdo a ti... porque te llamaba su nieto.

—¿Y qué voy a hacer yo con su silla, su bata y sus cheques?

—Mi papá tiene la manía de hacer que uno se sienta tonto. Se complica porque él no sabe explicar.

—Por ahora, yo seré tu curador y firmaré por ti. Es una tremenda responsabilidad.

—¿Qué firmará usted por mí?

—Todo, hijo mío.

—Mi papá nunca me dice hijo mío, de modo que esta cuestión debe ser grave.

—Supongo que estarás conforme con que yo sea tu curador —me dijo.

—Depende —le contesté, porque no entiendo ni palabra y sé que en esos casos hay que decir siempre «depende»

Subimos al auto, mi papá se sentó con violencia y nos despedimos del Dr. Soto, que es muy amable. Yo ni me había fijado en lo amable que es, pero cuando papá trató de hacer partir el auto, fue una plancha: ¡nada!

Me acordé entonces de su propulsión a chorro, de su fuerza atómica, del fracasado intento de volar. Pero estaba tan preocupado con lo de los bienes y el curador, que dejé al papá registrando el motor hasta que lo hizo andar. Se ve que es curador de autos, por lo menos.

Y partimos con violencia.

Iba muy callado, pero contento, porque a ratos silbaba y sonreía misterioso. Yo pensaba en el profeta y su famoso entierro y el Limbo y el Chuzo. Total que el viaje se hizo corto, porque cuando uno tiene una preocupación de sacar un alma del Limbo y cosas por el estilo y ni sabe cómo hacerlo, es bastante tremendo.

—Papá —le dije al llegar—. «curador», ¿quiere decir alguien que cura todo?

Parece que la pregunta le dio rabia:

—Trata de comprender —me dijo—. Desde ahora es como si tú fueras el señor Rubilar. Mientras seas menor de edad, seré yo tu consejero, tu «curador», si tú me eliges como tal. ¿Entendiste, por fin?

Yo me quedé perpetuo, pero dije:

—De entender, ya entendí. Lo único, ¿por qué lo elijo a usted curador?

—Porque soy tu padre.

—Por eso mismo, ya es bastante...

—¡Qué ideas tienes! En fin, discutiremos eso después. —bostezó.

—¿Ve usted? discutiremos. ¿A usted le gusta discutir?

No contestó. Ya quería mi papá discutir de nuevo. El no se da cuenta de lo muy dominador que es. Y yo quiero un curador choriflai que piense igual que yo, o que no piense nada mejor. Si uno tiene un curador, es peor que ser guagua con niñera.

Recé un Ave María por mi amigo el profeta ¿Para qué me dejaría sus famosos bienes? ¿Para qué se moriría? Era flor tener abuelo... Si él no tenía amigos en el Limbo, en la tierra al menos tenía un nieto.

—Lo enterraremos en Concón, ¿no? Cerca de nosotros —dije.

—Dejamos todo dispuesto con el Dr. Soto de otro modo. Pero si tú quieres...

En ese momento se atravesó un perrito en el camino y mi papá no lo vio. Le habíamos quebrado una pata y chillaba de dolor. Lo recogí y le enchufé su patita negra hasta que se le pegó de nuevo. Llegó a la casa durmiendo.

Es un quilterrier muy inteligente y lo bauticé el “profeta”. Con su pata amarrada cojea un poco, pero al menos camina. A la Jimena del Carmen no sé por qué le da risa. Creo que los que no hablan se entienden a su modo y mejor que los que hablan.

XVI

Yo debería empezar contando todo lo que pasó, pero no quiero que se me olvide decir que mi papá ha cambiado tanto conmigo que es como otro. Más bien me hace sentir que yo soy otro, uno que no me gusta ser. Y a cualquiera le pasa si de repente su papá en vez de tratarlo como a hijo le habla como si fuera un patrón de oficina. Uno siente que no tiene papá, porque:

1. No me reta ni me corrige.
2. No me manda.
3. A todo lo que digo, contesta «tienes razón, hijo», y
4. Se preocupa de uno a cada rato. Total que ahora no tengo ni abuelo ni padre y soy como mayor y no me acostumbro.

Esta mañana fuimos a la clínica al entierro de mi abuelo y es una cuestión de la que prefiero no hablar. En todo caso, una de las muchas cosas raras que pasan en un entierro es que en el Cementerio los doctores le dan la mano a uno como diciendo «Adiós», igual que si uno fuera el muerto. Y las enfermeras también se despiden de uno. Y estaba toda la gente de la huelga y los jefes, practicantes y demás.

Pero cuando íbamos saliendo de la Capilla con el abuelo encajonado, se me acercó la Berenice y me dijo:

—Ayudándolo a sentir, Papelucho... y manda decir su amigo el Casi que, cuando se desocupe del sepelio, suba al cuarto piso, al 15...

—¿Porqué? —pregunté.

—Porque ahora está él ahí operado de apendicitis...

¡El Casi operado de mi apéndice!

Ahora me daba cuenta por qué no me molestaba mi hoyo. Casi y yo éramos exactamente iguales. ¡Pobre Casi!

Total que al volver del cementerio, le dije a papá que me iba donde él con el Dr. Soto, y ni le pedí permiso siquiera, porque sabía que me iba a decir «tienes razón»

—¿A qué hora paso a buscarte?

—En una hora más —dije y me subí a la motoneta del Dr. Soto.

Lo malo era que la chaqueta del Dr. Soto le quedaba tan apretada que no había de donde pescarse, porque ni siquiera tenía una sola arruga, y tampoco he visto nunca un doctor de carne más dura.

En fin, que llegamos al hospital en el preciso momento en que había: ¡INCENDIO! Tres autobombas estaban en la puerta, una de puras escaleras, otra de puras mangueras y otra de puros asientos. Todas rojas, todas lindas. Y la calle llena de agua, de bomberos, de mirones, de órdenes y gritos. Y dentro del hospital un volcán de humo y gente mojada que corría...

El Dr. Soto apuntó los codos hacia afuera y se largó a codazos hasta entrar. A mí me tiraron lejos y quedé sentado en una poza de agua.

Disparaban los chorros más lindos contra el humo; corrían con mangueras hacia dentro y todo quedaba envuelto en la humareda que ni le importaba el agua, aunque viniera en grifos.

Sacaban muebles, ropas, colchones... Un bombero cargante me tiraba lejos cada vez que yo lograba acercarme al humo o a la bomba. La gente se había apilado afuera y las mujeres lloraban y chillaban... Hasta que por fin apareció un bombero mojado y con una corneta de juicio final dijo:

—¡Calma! ¡Calma! Se ha sofocado el fuego. No hay desgracias. Ha sido un simple amago de incendio y los enfermos están todos bien, tranquilos y a salvo en sus camas. Se ruega a los espectadores retirarse...

Nadie se movió. Se ve que no había espectadores, y yo aproveché de nuevo para tratar de entrar a ver al Casi. Pero el bombero cargante me pilló, me tiró las orejas y me disparó al montón de mirones.

Yo me acordaba del pobre Casi operado y se me confundía conmigo y mi peritonitis... A lo peor le iba a dar también a él. Había que salvarlo...

Me enredé bien en una manguera y conseguí llegar hasta la puerta. Hasta ahí no más. Entonces se me ocurrió otra idea. La seguí enrollando con todas mis fuerzas y se le cortó el agua. Apenas se cortó, de un brinco me senté en el pituto del chorro, y junto con soltar el nudo, saltó el agua y yo salí disparado por el aire como un cohete. Y de un repente me encontré en el patio del hospital.

Había humo y más agua, pero ya estaba dentro, y detrás de ese humo la cosa no era para tanto. El fuego se había apagado y solamente las oficinas con sus dichosos papeles habían armado esa rosca. Los enfermos estaban

calladitos.

Subí al cuarto piso y entré al 15. Ahí en mi misma cama, con la misma campanilla desconectada y la misma araña muerta en el techo, estaba el pobre Casi con su cara de ciruela. Parecía tan asustado que apenas se atrevía a mover los ojos.

—Me operaron —dijo en secreto— no me toques la cama...

—¿Sabías que había incendio en el hospital? —le dije para animarlo.

—Me da lo mismo —contestó. —¿No te da miedo morir achicharrado?

Menos mal que lo apagaron.

Al Casi no le interesaba el incendio; solamente su apendicitis.

—Oye —me dijo siempre en secreto—, después de la operación a ti te vino algo...

—Sí; peritonitis. Eso sí que es grave —le dije.

—No quiero que me venga... Quiero salir de aquí. Quiero que me lleves a mi casa antes que me secuestren como a ti.

—¿Tú crees que hay otro complot?

—No sé, pero quiero irme. Ayúdame a escapar.

—Ahora sería fácil porque está todo el mundo de bombero y no se darían cuenta, pero tú ni te atreves a moverte. Entonces ¿cómo?

Casi se volvió pensativo y creo que se quedó perpetuamente dormido.

Yo aceleré a fondo mi cabeza y encontré la solución.

—Están sacando ropa y cosas con el incendio —le dije—. Te hago un atado y te saco.

Lo eché al suelo con frazadas y almohada, lo amarré bien en la sábana y lo arrastré al ascensor. Iba calladito. Al salir del ascensor, la buena suerte fue que pasaba un mozo con otro atado.

—¿Me ayuda a llevar éste? —le pregunté y con su otra mano lo pescó y entre los dos lo llevamos a la lavandería, porque para allá iba él con su atado.

—Oiga —le dije—, este atado lo esperan afuera, ¿me ayudaría?

Eso es lo bueno de cuando hay incendio, todo el mundo quiere ayudar y nadie hace más preguntas. El mozo se echó al hombro el atado con Casi y todo y lo llevó a la puerta, hasta la misma Lunik que esperaba. Tocó la buena suerte que mi papá tenía mucho que hacer en el puerto y me mandó a buscar con un chofer de la refinería para que me llevara a casa.

Menos preguntas y todo salió perfecto.

Al llegar a Concón le pedí que dejara el atado en el garaje antes de

volverse a buscar al papá, y ahí quedó instalado el Casi como un rey entre almohadas y frazadas y encima de dos neumáticos viejos que servían de cama.

Se había salvado de la peritonitis y del complot.

XVII

No fue fácil librarlo. Yo tuve que pasarme tres días enteros preocupado de él y ni siquiera tuve tiempo de escribir mi diario.

Porque en la noche había que convertirlo en atado hasta que mi papá guardara la Lunik en el garaje, y una vez guardada había que acomodarlo dentro de ella. Tenía que llevarle la comida y darle agua, y levantarme al alba para hacer otra vez el atado antes que mi papá sacara el auto.

Dos veces, no más, pasé susto. La primera fue cuando el papá preguntó en la mesa:

—¿Qué hace ese atado de ropa en el garaje?

Mi mamá explicó:

—Lo habrá dejado la lavandera para llevarlo más tarde —y la segunda fue cuando me quedé dormido una mañana y salió mi papá con la Lunik con atado y todo y con el Casi adentro.

Ahí sí que me sentí mal. No sabía qué hacer ni dónde ir, hasta que llegó papá a almorzar a pie y nos contó que había dejado el auto donde Freiré porque le iba a revisar los niveles.

Ni almorcé por irme donde Freiré. Ahí estaba el Casi tapadito y todavía sin desayuno. La gente del garaje estaba almorzando y pude darle al Casi una manzana y un pan.

—Vas a tener que levantarte —le dije—, porque si mi papá se da cuenta que está el atado de ropa aquí dentro lo va a pasar a dejar a la lavandera.

—¿Me trajiste ropa? —me preguntó el muy fresco.

Moví la cabeza y con el sacudón se me ocurrió una idea.

—Ponte la mía y yo voy a pescar en calzoncillos...

Me desvestí y tocó la mala suerte que no me había puesto calzoncillos.

Pero me hice un taparrabos con los trapos del Casi y nos fuimos caminando. —¿Qué haré yo ahora? —me preguntaba el Casi a cada rato.

El diarero se había quedado parado mirándonos y ahora nos seguía.

—Oiga, Papelucho —me dijo.

—¡Hola! —le contesté yo, muy inocente.

—¿No es este el niño que sale aquí? —me dijo mostrándome «La Estrella» en su primera página.

Era la cara del Casi y arriba con letras rojas decía: NIÑO DESAPARECIDO. Y abajo de la foto: «Ayer durante el amago de incendio en el hospital del puerto, desapareció misteriosamente el niño Casimiro Silva. Se gratificará a quien dé noticias suyas»

Me dio frío andar sólo con taparrabos. El Casi se puso pálido.

—Parece que te buscan —le dije—. Debe ser tu papá de Osorno.

—¿Es él, entonces? —preguntó el diarero. Dijimos que «sí» con la cabeza.

—¿Qué haremos ahora?

—Irse a su casa —propuso el diarero.

—Pueden llevarme otra vez al hospital... —dijo el Casi poniéndose turno.

—Llamemos por teléfono para decir que estás bien y se queden tranquilos —propuse yo, pero el señor de los diarios le dio con que aquí y que allá y con el llamado de Concón vienen y lo ubican al tiro, etc. Y estábamos alegando cuando pasó el autopatrulla con su sirena y nos electrizó.

—Hay que hacer algo luego —dijo el Casi como resucitando.

—Vámonos a casa, o mejor al cementerio —dije yo—. Ahí estás seguro.

Y en esto estábamos cuando, de repente, aparece el autopatrulla de nuevo, frena, y antes que alegáramos nada nos hace subir a los tres. Yo ya lo conocía y me dio gusto de sentir otra vez su olor y ver sus ametralladoras y eso de partir a cien kilómetros y abrirse cancha a pura sirena, me gusta bastante. El único asustado era el pobre Casi.

Pero no le duró mucho el susto, porque a la segunda curva del camino nos pegamos el choque más macanudo y el flamante autopatrulla quedó más ñato que una liebre. Era bien raro chocar en el propio autopatrulla, ¿quién iba a hacer justicia?

Había un montón de vidrios rotos, de latones hundidos, de faroles reventados y muchos pañuelos con sangre de narices. Es raro ver a los policías defendiéndose y tratando de EXPLICAR. Y da como no sé qué ver un flamante autopatrulla con todos sus plateados faroles hechos culebra. Es como una pena equivocada.

En fin, que mientras alegaban y alegaban, se desapareció el Casi y de

repente, cuando nos dimos cuenta, ya no había ni señas.

Fue entonces cuando todos se pusieron de acuerdo y los policías con sangre de narices y el chofer de la burrita con las patas abiertas y el vendedor de diarios salieron disparados a buscarlo y me dejaron a mí al cuidado de los autos chocados.

Ahí estaba yo solo en el camino con esas dos ametralladoras abandonadas en el asiento trasero. Nunca las había tenido tan cerca sin ojos mirones ni bocas mandonas que me dijeran: ¡No toques!

La tentación era tremenda. Tenía unas ganas de que apareciera un bandido o un animal feroz para aprovecharlas. Pero ¡nada! Y la tentación seguía y seguía... Hasta que me di cuenta que Lucifer me estaba tentando, entonces miré al Cielo para pedirle ayuda y vi pasar un satélite. Y me puse a pensar en él con todas mis fuerzas y sentí esa necesidad de ir a conocer la luna y los demás planetas y me olvidé de la tentación.

Ahora venían todos juntos trayendo a Casi de la mano que lloraba con hipo.

—Oye —le dije—. Acaba de pasar un satélite. Era uno de esos modernos, último modelo. Yo tengo un plan para conseguirmos uno. Deja que nos lleven a tu casa y que vean que estás sano de tu apéndice...

—¿Y mi peritonitis? —sollozaba el Casi.

—Ya no hay caso... Te libraste. Trata de pensar en el satélite.

Todos los hombres estaban enderezando fierros y cuestiones para poner en marcha el autopatrulla y allá dentro de mí me removía siempre la tentación de las metralletas que no había tocado y seguía pensando con violencia en el satélite para no remorderme.

XVIII

La casa del Casi era una RESIDENCIAL y su papá, que tiene un diario en Osorno estaba «decaído» en su cama. Pero al ver a su hijo toda esa carne gorda y suelta desparramada en la cama se armó y se juntó dentro de su terno y el caballero se enderezó con cara de júbilo.

—¡Hijo de mi alma! —clamó abrazándolo.

Los papas de Osorno no preguntan ni dónde uno estuvo ni qué pasó, ni amenazan ni hablan de castigos. Simplemente se alegran de verlo. Y después lo llenan de cariño y hasta les sobra para los amigos.

Me prestó ropa del Casi para vestirme, le regaló al diarero unos billetes que parecían boletos de lotería, nos invitó a tomar té al «Riqué» y, por fin, nos llevó al teatro. Fue una tarde perfecta porque a la salida del teatro nos llevó a una juguetería y nos compró dos ametralladoras americanas a fogeo que lanzan chispas calientes de verdad.

Por fin, me llevó a mi casa en un taxi y se quedó a comer con nosotros porque es lo más amigo que hay. Y dejamos planeado un paseo en lancha para mañana y el Casi va a entrar a mi colegio para que seamos más amigos y vamos a almorzar a bordo de la *Esmeralda* y en dos años más vamos a entrar en la Escuela Naval juntos y nos van a dar una beca para estudiar satélites.

Y se me había olvidado eso que le pasa al papá que a todo lo que yo digo contesta él «tienes razón» o «naturalmente» o «ya veremos» y total que la vida ha cambiado bastante.

Pero tengo un sueño tremendo porque se acaban de ir el Casi y su papá y no me voy a desvestir para estar listo mañana temprano para el paseo en lancha, y lo demás...

Esta mañana era domingo y se me había olvidado que me tocaba baño, lavado de cabeza y cortada de uñas y total que ni me sirvió acostarme vestido, porque doble trabajo.

A la salida de misa el diarero me regaló «La Unión» porque salimos retratados con el choque. No se me ve la cicatriz ni el taparrabos así que

parezco desnudo, y al Casi no se le ven las lágrimas.



En un rato más va a venir a buscarnos el papá del Casi para el paseo en lancha y va a ir mi mamá, Javier, papá y yo. La Domi y la Jimena del Carmen se quedarán solas por la primera vez. Mi mamá no quería ir, pero el papá la obligó, porque dice que es la esclava de «esa criatura» Javier se siente Capitán de Yate con su pantalón largo gris y su chaqueta azul nueva y se pasó toda la misa despidiéndose de su polola porque no la verá esta tarde. ¡Pobre Javier! Debe ser tremendo dejar a la novia un domingo... Pero el papá dice que es «una oportunidad» ir a bordo con un periodista, que es el título del papá del Casi, así que Javier la va a aprovechar porque tiene que pensar en su futuro. Yo, por suerte, no tengo futuro, así que pienso sólo en el satélite.

Mientras escribo mamá le vuelve a repetir a la Domi lo que hay que hacer con la Jimena del Carmen y ya me lo sé de memoria...

Fue un día casi perfecto, y lo de casi, fue culpa de mi mamá. Porque se llevó en la cabeza la idea de la Jimena del Carmen y total que su alma nos penó de ida y de vuelta. Porque ella se lo pasaba pensando que «la niña» tenía hambre, que lloraba, que se caía del catre, que le picaba un zancudo, que había gatos y ratones y qué sé yo. ¡Y dale con suspirar porque el papá la retaba!

El señor Periodista nos vino a buscar en un auto negro que decía: «PRENSA» lo que quiere decir que puede entrar a todas partes donde hay cordón de policías, choques, crímenes, etc. Lástima que no había nada, pero en fin, llegamos al embarcadero y nos esperaba una lancha con bandera y todo y su motor de 1000 caballos de carrera que hacía tiras las olas y las mandaban molidas por los lados de la lancha. Era como ser piratas con viento norte, y la manejamos todos un rato. Hasta mi mamá, tratando de olvidar su Jimena.

La *Esmeralda* estaba enarbolada de banderines y se veía que la fiesta era para nosotros, aunque también estaba el Ministro de Guerra que es un

hombre igual a todos, pero un poco más viejo.

El almuerzo de Primera, como nunca he almorzado y los dos con el Casi estamos rotundamente decididos a entrar en la Escuela Naval. Además, que en alta mar uno se siente casi tan libre como en un satélite. El mundo queda atrás con todas sus leyes, sus prohibiciones y su perpetuo silencio.

Javier estaba muy callado, tal vez pensando en su polola, pero comió por él y por ella y se repitió del guiso secundario y hasta se sirvió vino. Yo creo que no hablaba porque no le salieran gallos y cuando, por fin, quiso decir algo, le salió uno colosal y se puso más colorado que una jaiva.

A la vuelta, el Casi se quedó dormido y Javier se fue al cine y nos vinimos con el Periodista, mi mamá y papá conversando. Y mi papá le contaba al Periodista (que traía al Casi en sus brazos) toda su vida, que es bastante aburrida y también la cuestión del profeta en el hospital, su muerte y el cuento de que él es mi curador. Y ahora parece que a más de mi curador es mi apoderado, lo que quiere decir que se apoderó de mí.

Y parece que mi papá tiene tanto que hacer con esta cuestión de mi apoderadura que va tener que dejar su trabajo para dedicarse a eso. Resulta que soy heredero y eso me cae remal. Ser una cosa que uno ni sabe lo que es y a lo mejor es como cardíaco o diabético, o qué sé yo. A veces me dan unas puntadas en la herida, pero ni digo para ver si se les olvida que soy «heredero» ojalá que se pase cuando uno cumple los diez años.

XIX

Mi papá llegó tarde a almorzar y mi mamá estaba muy furiosa porque había tortilla y también le tocaba salida a la Domi. Y cuando ella está demasiado enojada no habla, así que se puso muda cuando llegó el papá. Y él daba como pena, porque dale que dale con explicar que se había atrasado en la reunión porque resulta que yo soy mucho, pero mucho más heredero de lo que él creía. Y me miraba a mí, todo el tiempo, y por fin le dijo un secreto a la mamá. Yo me sentí un poco mal, porque ahora me doy cuenta que la cosa es grave de verdad. Y se me quitaron todas las ganas de hacer cosas y programas, y más cuando uno ve que lo tratan con tanto respeto y cariño. ¿Cuántos días más tendré de vida? ¿Moriré de repente?

A ratos me dan ganas como de aprovechar, antes de morirme; a ratos, me gustaría ser como un ángel y, a ratos, trato de no pensar más en la cuestión.

Por fin me decidí a hablar las cosas claras y fui a hablarle al papá. Yo sé que a un padre le cuesta decirle al hijo esas cosas, así que le pregunté:

—Todos nos tenemos que morir, ¿no?

—Todos —dijo.

—Unos primero y los otros después, ¿no?

—Así es, hijo mío —(dale con el hijo mío)

—Y los que se mueren primero, total, salen ganando porque no tienen que ver morir a los demás, ¿ñor?

—Es una gran verdad —dijo.

Yo me quedé esperando que dijera algo más, pero ¡nada!

Por fin le hablé con voz áspera:

—Cuando uno sabe que se va morir luego, y los demás lo saben también pero creen que uno no sabe y uno no quiere que ellos sepan que uno sabe sino que quiere simplemente saber si saben que uno sabe, entonces... —me enredé un poco y por fin dije sin querer:

—¿Qué harías tú si te fueras a morir?

—¿Yo?

Su cara de sorpresa me sirvió de contestación. ¿ÉL? ¡NO! Entonces

¿quién sino yo? La cosa no tenía vuelta. Traté de ser hombre y me tragué el cototo. Pensé un rato, y por fin le dije:

—Papá, yo sé que soy heredero.

Trató de sonreír pero no le resultó.

—¿Y bien, cómo te sientes de heredero?

—Más o menos igual —dije—. Eso me resultó de la peritonitis, ¿no?

—De la peritonitis —repitió—. Dios tiene medios extraños...

—¿Dios me hizo heredero? —pregunté pensando por qué Dios me haría así.

—¿Quién otro? Sólo Dios podía hacerlo...

—¿Así que no fueron los médicos?

—No lo creo. Ni tienes por qué pensarlo, en realidad, hijo mío...

—¿Estás seguro que no era heredero antes?

—Segurísimo, y no lo ibas a ser jamás —se rió, seguramente para despistar.

Yo me quedé bien serio.

—Ahora que lo sabes, Papelucho, tendrás conciencia de tu responsabilidad.

—Oiga, papá (no sé por qué me puse tartamudo) yo quiero que usted me ayude. No sé qué hacer...

—Hay tiempo para eso, hijo...

—¿Hay tiempo? —lo interrumpí—. ¿Cuánto tiempo?

—Toda una vida...

—¿Uno puede vivir toda una vida y ser siempre heredero?

—Naturalmente, eso depende de ti... y un poco de mí.

—¿Tú piensas eso porque eres mi apoderado? ¿Siempre estarás apoderado de mí?

—Mientras seas menor de edad. Pero, ¿a qué vienen estas preguntas? ¿Tienes algún proyecto? ¿Quieres algo desesperadamente?

—Una sola cosa, pero no puedo decirla. —Yo sabía que es inútil hablarle a un papá de uno de que uno quiere ir a Marte. Igual habría sido inútil si el papá cuando era chico le hubiera dicho al abuelo que quería volar en avión.

—¿No tienes confianza en tu padre, en tu apoderado? Ten presente que no podrás hacer nada sin mi consentimiento...

Por fin comprendí lo del apoderado, y lo del heredero: yo nunca jamás podré hacer nada, absolutamente nada solo. Viviré toda una vida, como

dice mi papá, pero con él apoderado de mí.

Esto me trajo malos pensamientos. Ganas de hacer cosas que él no supiera, que él nunca pudiera descubrir... Cosas ni buenas ni malas, pero secretas.

—¿Nunca? —le pregunté.

—Ya te lo dije, mientras seas menor de edad, o sea, hasta los 18 años...

No dije nada y me fui a ver a la Jimena del Carmen. ¿Tendrá apoderado ella? Porque si a mí me faltan diez años y treinta días para ser libre, a la pobre le faltan diecisiete años once meses.

Por suerte, cuando estaba pensando cosas tristes, llegó el Juaniquillo con un canasto de jaivas que me mandaba de regalo el diarero. Y cuando yo las vi tan tristes en el saco mojado, me fui a las rocas con ellas y las solté en el mar. Me dio gusto saber que ellas estaban libres y no tenían ningún apoderado.

XX

Fue una suerte que el Teniente encontrara mi diario, porque si no, ¿dónde iba a anotar todas las cosas que me sucedieron hoy? Es un día completamente Memorable y no se me debe olvidar jamás: Martes de Abril.

Y las cosas sucedieron así:

Resulta que hoy le tocaba salida a mi mamá y aprovechó de irse al Puerto con mi papá para hacer todas sus compras. Así que nos dejó con la guagua a mí y a la Domi. Para variar, la Jimena estaba «odio-sita», o sea, que en realidad es odiosasa y no tiene mucho remedio, según dice la Domi. La cuestión fue que salimos un rato al correo a ver si había cartas y al Trocadero a ver si había baile, y la dejamos solita. No había nada de nada así que nos volvimos.

De repente, me dijo la Domi:

—Yo le contaría una cosa si usted me guardara el secreto —y le brillaron los ojos.

—Cuéntala —le dije.

—¿Y si su mamá sabe después que yo se la he contado? ¡Me mata!

—Entonces no la cuentes...

—Pero a usted le gustaría mucho saberla.

Ella trataba de tentarme, pero la tentada era ella, porque al fin largó su secreto.

Dice la Domi que ella sabe que el pobre profeta me dejó de recuerdo todos sus millones y yo ahora soy millonario. Es decir, uno de esos ricos que me cargan, porque son de «los que no pasan por el ojo de la aguja». Soy lo más tremendamente rico, y dice la Domi que no tiene remedio. Así que no voy a tener amigos, ni siquiera con quien hablar igual que el profeta.

Me desvelé todo el día pensando y pensando cómo podría dejar de ser tan rico y de repente me acordé que hay un caballero conocido que se arruinó y perdió toda su plata y tal vez mi papá sabe quién es y puede averiguar como lo hizo. Porque ese señor quedó en la ruina y es igual que

todo el mundo.



Y estaba pensando en esto, cuando sentí algo raro y era que la guagua había parado de llorar y fui a verla y se había dormido. Me acuerdo que la desperté en premio para que ella entendiera que cuando no llora uno la va a acompañar y justo que ella se iba a reír, cuando ¡zas! vino el temblor.

Al principio se balanceaba la cuna sola y un poco el suelo como en los botes, pero la cosa fue agarrando vuelo y la lámpara parecía incensario y las cosas se caían y los vidrios tiritaban haciendo un ruido supersónico.

La casa iba crujiendo y como agachándose, hasta que me entró la idea de salir fuera con mi hermana y todo. La saqué de la cuna, pero las guaguas son cuestiones complicadas, y sus chales que cuelgan se enredan en las piernas de uno hasta que se viene al suelo con guagua y todo. Pero ¡qué importa la caída de una guagua al lado de la caída de una casa! Porque la casa de nosotros en ese momento se arrodilló y después se acható en el suelo con bastante polvareda y crujido de tablas.

Por fin estábamos arruinados. No teníamos ni casa donde vivir y todo lo que había dentro se había hecho carbonada. ¡Dios me había oído! Ahora sí que estábamos en la ruina...

Me daba un poco no sé qué estar tan feliz cuando mi mamá y mi papá se iban a apenar tanto por nuestra ruina, pero por fin, yo no tenía la culpa, sino el famoso temblor. Y ni siquiera fue terremoto, porque la única casa en el suelo era la nuestra. Era cuestión de suerte y también que no hubiera nadie dentro, porque yo alcancé a salir con la Jimena y la Domi andaba comprando sus famosas aspirinas.

Cuando nos levantamos con la Jimena, empezó a llegar gente, igual que en el incendio del hospital, pero esta era gente conocida y llena de compasión. Todas las mujeres lloraban y le hacían cariños a la guagua y los caballeros decían que esa casa tenía un defecto. Y el defecto era que un constructor había hecho los cimientos y otro la había armado. Pero el que la

armó, nunca supo dónde habían hecho los cimientos y parece que era muy lejos de ahí.

Por fin, llegó la Domi con cara de loca y le dio la misma esteria de la Grace, así que yo le pegué en los cachetes. Y ella lloraba por su velador que se había aplastado, pero un ingeniero de la refinería la consoló.

Llegó la policía y todos los cabros de la Escuela y el Presidente del Sindicato de pescadores y mucha gente nueva. Pero, total, que un tractor nos fue a dejar a la casa del cura porque se iba oscureciendo.

La Jimena del Carmen estaba completamente feliz con tanta gente y se reía todo el tiempo y el señor cura me dio un refresco y un pedazo de torta. Las señoras habían ido a comprar chupetes y se peleaban por tomar en brazos a la guagua. Hablaban todas a un tiempo y contaban lo que estaban haciendo cuando vino el temblor y dale con la mala suerte de nosotros. La casa del cura parecía choque de autos con tanta gente.

De repente se abrió la puerta y entró mi mamá corriendo invicta, pero azezando mucho y mi papá detrás, un poco verde.

—¡Dios mío! ¡Están sanos y salvos! —dijo y se echó a llorar ni sé por qué. Mi papá decía: ¡Gracias a Dios! y hablaba con el señor cura y el ingeniero y la Domi que otra vez se quería poner estérica.

—¡Fue muy tremendo el terremoto, señora! Ni sé cómo libramos, pero debe haber sido San Vito el que nos salvó, porque yo le recé en ese momento...

Mientras la Domi se carrileaba contando mentiras de héroe, llegó Javier que venía de las ruinas y traía una ampolleta que no se había quebrado.

—¿Dónde voy a hacer la comida? —preguntaba la Domi—. Iré a ver si se salvaron las lechugas porque yo las tenía preparaditas...

—Papá, se quebró el frasco de la lagartija... —decía Javier.

Todas las señoras ofrecían invitarnos a comer y arreglarnos cama para la noche.

Y en ese momento llegó el Teniente de Policía con mi diario y unos calcetines de papá que encontró en el lavaplatos.

Mamá paró de llorar y abrió los paquetes de cosas compradas y traía jamón que estaba rico.

XXI

Hace mucho tiempo que yo ni escribía mi diario porque estaba muy ocupado, y también cuando se vive en un hotel, no hay tiempo, y la cuestión de que cada vez que uno sale de su cuarto, alguien lo ordena y esconde todo y ni se sabe dónde deja el diario.

Por fin estamos en la casa nueva que es PROPIA y tiene un cuarto para cada uno y un aparato para cada cosa, y un gallinero con gallinas, y una antena para radio.

Una tarde, estábamos tremendamente aburridos de buscar casa, cuando de repente, mi papá vio un letrero que decía: «SE VENDE» y la casa era justo esta y se vendía. Y a mi papá se le ocurrió la idea de que me la podía comprar con los millones del profeta y era puramente cuestión de que yo le dijera que sí. Entró a verla con mi mamá y después nos convidó a mí con Javier y la Domi.

—¿Qué tal? ¿Les gusta?

Y cómo no nos iba a gustar si tenía hasta un baño de asiento, que servía para lavarse los pies en caso de apuro. Así que le dijimos que sí.

—Ahora, todo es cuestión de que Papelucho resuelva... —dijo muy amable.

A mí no me gusta resolver las cosas ajenas porque después si algo sale mal me echan la culpa a mí. Por eso me quedé callado.

—Parece que no te gusta —me dijo mamá.

—Es claro que me gusta —dije.

—¿Quieres comprarla? ¿Quieres que tu papá te la compre?

Me estaban tentando para que dijera que sí, pero yo no me dejo tentar.

—Escucha, hijo mío. Si tú quieres que yo compre esa casa para nosotros, yo la compro. Si me pides mi opinión, te digo que es buen negocio, porque la casa es buena y es barata... ¿Qué dices, Papelucho?

—Si es buen negocio, no la compre. No quiero hacer buenos negocios —dije.

—¿Por qué, hijo mío?

—Porque no quiero ser rico, porque me revientan los ricos...

—¿Y qué piensas hacer con tu dinero?

—Quiero arruinarme. Quiero que estemos en la ruina como antes...

—¡Papelucho! —clamó mamá como en la TV.—. ¿Te parece poca ruina no tener casa en qué vivir y haber perdido todo lo que teníamos?

—¿Estamos en la ruina entonces?

—Y peor que eso... ¡Tú solo puedes salvarnos!

Me sentí como Dios, porque eso lo dicen mucho en las Novenas, y traté de contestar como Él, pero no pude. Así que contesté como contesta mi papá cuando mi mamá le pide algo:

—Yo le digo que me compre la casa si usted me promete hacer otra cosa que yo quiero...

—¡Por supuesto! No tienes más que decirlo...

—Quiero un cheque bien grande para el hospital, porque quiero que le pongan una llave de agua a todas las camas.

—¿Una llave de agua? —preguntó como si no entendiera.

—¿Ve usted que no cumple? —dije yo, aburrido.

—Naturalmente que cumplo... ¿Cuánto quieres? ¿Mil pesos? ¿Dos mil pesos? ¿Cuánto, di?

—Millones. Muchos millones, porque eso vale caro.

—No tienes idea de lo que estás diciendo, niño.

—¿Ve usted como no me va a cumplir?

—Escucha, hijo mío. No puedo hacer con tu fortuna un disparate. Tú serás mañana el primero en reprochármelo, porque yo soy responsable por ella, como tu apoderado.

—En ese caso es mejor no comprar la casa, porque después me van a echar la culpa a mí cada vez que se descomponga un excusado.

Papá se paseaba y se paseaba y de repente frenó:

—En realidad, Papelucho, está muy bien que quieras hacer algo por los enfermos del hospital y en recuerdo del señor Rubilar. ¿Qué te parecería si le diéramos un cheque al Dr. Soto? Pero a mí me había dado por acordarme de los enfermos y la huelga y la falta de comida, así que quería millones y no miles. Lo mejor era que el propio Dr. Soto dijera cuántos quería.

—Yo quiero un cheque como los del profeta —le dije—. Quiero la casa para nosotros y ese cheque para el hospital.

Al fin, mi papá dijo que bueno y fuimos al otro día a ver al doctor Jefe y papá le contó mi idea y preguntó que cuánto necesitaba y el doctor Soto dijo:

—Ochocientos millones.

Papá se puso pálido y preguntó:

—¿No será mucho?

—Para una persona sí, pero para ochocientos enfermos, no es mucho...

—y mi papá tuvo que hacer el cheque.

Yo me sentía bien aliviado, pero lo malo fue que al pasar por el patio de entrada, el Dr. Soto me mostró el caballero de fierro negro que termina en piedra, y me dijo:

—¿Te gustaría verte immortalizado en bronce algún día? Quizá más adelante tendrás una estatua como esa... —Y soñé toda la noche con que me habían plantado en el suelo como un árbol y me dolían mis raíces de tanto tironear para zafarme de ahí. Y cuando desperté, tenía los pies metidos en un hoyo de la sábana, y la sábana hecha tiras amarrada en mis tobillos.

Y mi mamá tuvo que pagar la sábana porque era del hotel.

XXII

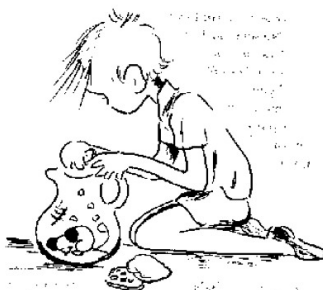
Al principio mi mamá estaba muy feliz en casa propia, pero ahora se está aburriendo de que tenga que venir el maestro todos los días a componer algo. Y también ya se está cansando de limpiar y encerar y por fin dejó el sótano en paz para limpiarlo este otro año. Y esa fue la suerte mía, porque me dieron ahí un taller o Laboratorio.

Apenas había instalado mi oficina ahí, cuando descubrí que era una cueva o criadero de ratones. Y son de esos ratones grandes y forzudos que corren y galopan. Y son lo más inteligentes que hay. Ellos saben que la gente los persigue y por eso se esconden; duermen de día y viven de noche. Y lo único malo es que son desconfiados y tímidos y nerviosos y cuesta bastante enseñarlos y hacerse amigo. Pero yo les preparo unas comidas sabrosas y les llevo los diarios. Tenemos a medias una fábrica de hueveras. Yo les pongo una tabla de tapa en su cueva y ellos le hacen un hoyo y otro y otro y así la dejan lista para colocar huevos.

Con el Casi estamos entrenando al Salomón, que es el más grande, para mandarlo a Marte como prueba, y ya ni nos cuesta agarrarlo, porque le damos queso y vino en su jarro-cohete. Es un jarro de lavatorio antiguo que encontramos en mi laboratorio y tiene varios lentes o perforaciones en el fondo, que nos sirven para ver a Salomón mientras él come. En ese mismo jarro irá de satélite y llevará todo lo necesario para su viaje: ropas de lana por si hiela, limones por si hace calor y una radio a pila para transmitir sus palpitaciones.

En lugar de dispararlo como un cohete, lo elevaremos en un volantín gigante, que es menos peligroso y lo puede llevar mucho más lejos, porque arriba hay corrientes fantásticas, y contamos con que Marte también tendrá su imán propio, como la tierra.

Tenemos que vender las hueveras para comprar hilo de nylon por kilómetros y los materiales para hacer el volantín gigante. El Casi me convidó a Osorno en Semana Santa y desde ahí veremos pasar a Salomón en su satélite porque estará en «órbita»



Cuando veamos cómo vuelve Salomón, ensayaremos de ir nosotros y como queremos ir los dos, hemos tenido que buscarnos un socio nuevo. Este socio es un amigo del Casi, que es el Genio de la clase y el más inteligente de su colegio. Se llama Mateo Eneas Verdugo y tiene cara de mellizo. Vino ayer a ver mi laboratorio y se llevó dos ratones para estudiarlos y hoy me llamó por teléfono para pedirme si le podía prestar ocho más porque se le escaparon en la prueba. Yo reuní catorce para elegir y escogí los ocho más gordos y los tengo en una maleta con tapa de alambre, y estaban tan hambrientos que les tuve que dar dos libros completos y algo de queso que encontré por ahí. Y les vino tanta vitamina que se escaparon con maleta y todo y ni los podía agarrar, así que tuve que encerrarlos en mi laboratorio con llave. Todo esto resulta bien complicado ahora que volví al Colegio y hay tan poco tiempo para preparar la cuestión satélite. Por suerte que en la noche sueño todas las ideas que no alcanzo a pensar en el día y aunque se me olvidan cuando despierto, en todo caso me sirven de práctica.

El Verdugo me regaló una cosa rara que no sé para qué sirve, pero en todo caso la voy a aprovechar en Salomón. Porque hay que entrenar muy bien al individuo que va a Marte, y por eso yo lo entreno todos los días dándole cien vueltas bien ligero en su jarro, y para que resista los cambios de temperatura, le pongo una vela prendida debajo hasta que el jarro se pone negro y quema al tocarlo. Y por fin en la noche lo meto al refrigerador mientras comemos y después le doy su comida propia.

Javier anda tremendamente amargado porque parece que la Verónica ya no le da bola. Y todo porque ahora ella tiene un amigo de la Escuela Naval, aunque según Javier no es más que uno con olor a leche. En todo caso hay otra chiquilla que se lo pasa llamando por teléfono y cuando uno contesta, ella corta. Y tiene una risa chinche que se queda sonando en el fono

después que corta. Y yo ya la tengo cachada porque se pasa casi todo el día asomada al balcón de la casa de enfrente y cada vez que me ve me dice: «QUIUBO» y se esconde. Pero Javier dice que es una mocosa y no la mira tampoco. ¡Qué le importará la edad si le da bola! Javier es de esa gente que tiene que tener polola, si no, revienta.

Esta tarde, cuando estábamos en reunión con el Casi y el Eneas, movimos un pedazo de ropero que hay en mi laboratorio y resultó un DESCUBRIMIENTO. Arriba, en la parte alta, una ventanita extraña, y abajo, en la parte baja una Cueva misteriosa sin fin. Es lo bueno de una casa antigua como la nuestra, que tiene Pasos Secretos, seguramente del tiempo de la persecución de los Cristianos. Aunque apenas cabíamos de a uno, nos fuimos metiendo, y arrastrándonos por su oscuridad que tenía olor a Catacumba y aunque nos arrastramos kilómetros, ni llegamos a otra parte. Pero vamos a organizar una pesquisa con linterna, y ahí veremos.

Cuando salimos a la luz, o sea al laboratorio, había en la ventanita de arriba unos ojos mirándonos. Eneas quedó como hipnotizado y era inútil hablarle. Por fin se movió de ahí sin contestar, salió afuera y no volvió más. Cuando fuimos a ver qué le pasaba, resulta que estaba conversando con la chiquilla de la casa de enfrente, esa que me dice: QUIUBO. Pero a Eneas, ya no le interesaba lo de la cueva ni lo del satélite.

Así que con el Casi lo dejamos ahí, y nos volvimos a trabajar al laboratorio, sin sospechar lo que ahí pasaba...

Apenas entramos, nos dimos cuenta que había la más tremenda invasión y todo el suelo, y todos los instrumentos de trabajo, y las murallas y todos los cachivaches estaba lleno, pero lleno de ratones vivos y felices. El Casi y yo tratamos de entrar, pero nos hacían zancadillas, nos estrellaban, saltaban por arriba y por abajo sin tenernos ningún miedo. Era como una revolución y ellos ya no tenían complejo, sino que se sentían dueños de la cancha. Se habían apoderado hasta del Paso Secreto y salían de él como espectadores del Estadio en día de campeonato.

Casi y yo nos reíamos de verlos tan felices, pero luego oímos unos gritos atroces y salimos a ver. Y era el Eneas y la «Quiubo» chillando a grito pelado mientras los perseguían por la calle a todo galope los ratones. Desde ese momento no hemos vuelto a saber más de ellos ni ha aparecido más en su ventana la chiquilla. ¡Quién sabe hasta dónde corrieron!

Y en esta casa y en todo el barrio se armó tanta pelotera que tuvieron

que venir las Bombas, la policía y las grúas de la refinería y con gases lacrimógenos corrieron a los ratones y los mil perros que los perseguían ladrando.

Cuando uno ve esa propulsión a chorro de animales que han perdido el miedo, se da cuenta que los pobres son verdaderos esclavos de las mañas y el egoísmo del hombre... ¿Por qué serán así? —digo yo. Y a uno le dan ganas de darles un mundo propio, como Marte, por ejemplo, para que ellos puedan hacer su vida tranquilos y no escondidos. Y más apuro le da en fabricar el volantín para elevarlos luego, antes que los criminales los acaben con Venenos.



El Casi y yo corríamos con los perros y los ratones y los perseguidores tratando de salvar algunos para nuestro invento, pero todos iban desapareciendo por una cueva en la duna y los perros con ellos. Llorando con los gases lacrimógenos nos volvimos en la Bomba a nuestra casa y de

repente nos acordamos que teníamos los ratones «a prueba» guardados en la maleta, así que estábamos salvados... Les dimos su almuerzo y los dejamos guardados en el comedor, porque ahí siempre hay discusión y no se oyen los ruidos y el papá del Casi estaba tan alborotado con la «Invasión de Ratones» que mandó un teletipo a Osorno que costó veinte mil pesos para que lo publicaran en la primera página de su diario.

Y hemos decidido con el Casi disparar hoy mismo el volantín marciano con Salomón y dos esposas y apenas esté en órbita prepararnos nuestro viaje definitivo, porque hay que preocuparse que cuando llegue allá Salomón, tenga sus comodidades y no se pierda correteando en planeta desconocido.

Y ahora mismo guardo mi diario hasta mi vuelta, que será cuando la Jimena del Carmen cumpla tres años y nos vamos a trabajar con el Casi en nuestro genial invento. Así sea.

Acerca de la autora

Marcela Paz —pseudónimo de la escritora Ester Huneeus Salas— fue una mujer excepcional, capaz de construir una prosa fresca y natural.

Educada en su casa por profesores particulares quienes le enseñaron, además de las asignaturas habituales, los idiomas inglés, francés y alemán, comenzó a escribir desde muy joven en revistas y periódicos. Usó diferentes pseudónimos, entre los cuales se quedó definitivamente con Marcela Paz; Marcela, por ser admiradora de la escritora francesa Marcelle Auclair, y Paz porque —según ella misma decía— necesitaba ese don.

Cuando, antes de casarse, su novio, José Luis Claro, le regaló una agenda, Ester decidió escribir en ella el diario de vida de un niño. Y fue así como nació su hijo más célebre: Papelucho, de quien puede decirse, sin duda, que es ya un clásico de la literatura infantil chilena.

Creadora además de una singular galería de personajes como los Pecosos, el Soldadito Rojo, la Colorina, Sebastián, Catita y Perico, entre otros, fue también la fundadora del IBBY (International Board of Books for Young People) en Chile.

Con un amplio reconocimiento tanto en el país como en el extranjero, entre los varios premios y distinciones que recibió a lo largo de su vida, obtuvo dos muy importantes: el diploma de mérito que la incluyó en la lista de honor "Hans Christian Andersen" concedido por el Congreso Internacional del IBBY reunido en Suiza en el año 1968 —y que fue otorgado por primera vez a un autor latinoamericano— y el Premio Nacional de Literatura 1982, que coronó su infatigable desempeño en el mundo de las letras.